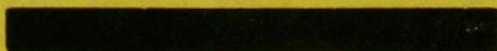


**La Reincidencia
tiene
su hora**

MARCOS CHAMUDES



EDICIONES P. E. C. - 1976

Separata del Libro "Chile, una advertencia Americana"

Primera edición: Enero de 1976.

Copyright

45065

La Reincidencia
tiene
su hora

MARCOS CHAMUDES



EDICIONES P. E. C. - 1976

INTRODUCCION

Inmediatamente después del pronunciamiento que derribó al gobierno de Allende, algunos amigos me sugirieron —y posteriormente me lo reiteraron— que de mi libro, "Chile, una advertencia americana" (editado en septiembre de 1972), hiciera una separata de los capítulos destinados a recordar cómo La Democracia Cristiana había pavimentado a los comunistas el camino del poder.

Rechacé siempre tales proposiciones.

Estimé que era inconveniente refrescar memorias si con ello se podía provocar el más mínimo roce con lo que había de rescatable en esa agrupación política.

Con el pronunciamiento del 11 de septiembre de 1973 había llegado para todos los chilenos —unidos y dejando de lado las discrepancias del pasado— el momento de reconstruir la Nación. Cualquiera trizadura entre nosotros no sólo perturbaría tal esfuerzo, sino también facilitaría al soviétismo y sus secuaces hacer factibles sus revanchistas pretensiones.

Desgraciadamente, si errores atentatorios contra la unidad nacional han cometido muchos de nuestros compatriotas, de una y otra tienda política, de uno u otro sector público —que yo he tratado de evitar en la modesta medida de mis fuerzas y de mi capacidad periodística— uno de los más inauditos, por lo que su autor representa, es el que ha perpetrado el señor Eduardo Frei.

Como dándose el placer de un desquite, del que podía haberse privado —como nos hemos privado muchos que deseáramos desquitarnos de muchas cosas—, ha publicado recientemente un opúsculo titulado “El mandato de la historia y las exigencias del porvenir”.

La divulgación de sus ideas no es lo grave que ha hecho el señor Frei. Por peligrosas para el porvenir de Chile, son sus ideas las graves. Y por más bien que procure cubrirlas, muestran en forma evidente que no ha aprendido nada de esa historia en que —determinada en parte por las circunstancias objetivas del país, y en una parte mucho mayor por las subjetivas condiciones de su “hamleteana” personalidad— que entregar a Salvador Allende la banda de un mandato que no sería del pueblo chileno, sino del sovietismo internacional.

Lo hecho ahora por el señor Frei obliga, muy a nuestro pesar, a recordar la cuota de culpa que él y la Democracia Cristiana tuvieron en la victoria de la Unidad Popular.

De la parte que en mi libro se dedica a ese triste episodio de la historia chilena, he dejado solamente de lado el capítulo “Política exterior para una demagogía interior”. Esa política, que más de una vez contó —debemos reconocerlo— con la oposición del propio señor Frei, fue dirigida durante los seis años de su gobierno por alguien, entonces de irresponsable actuación ministerial, y como chileno, de lamentable comportamiento actual: don Gabriel Valdés Subercaseaux, que de funcionario de nuestra Compañía de Acero del Pacífico pasó a ser, sin más ni más, el llamado “Canciller de Hojalata”. Recordar sus hazañas, tanto dentro y fuera de nuestras fronteras— tendientes todas a satisfacer la absurda aspiración de suceder a Frei, primero, y a Allende, después— sería como abusivo con esa Democracia Cristiana que, para mal de sus pecados, lo procreó. Además, temo que mi justificado fastidio contra ese nefasto personaje, compartido con muchos otros compatriotas —algunos incluso correligionarios suyos—, me haya llevado a escribir sobre él y sus actuaciones un capítulo estrictamente verídico pero carente de la medida que procuré emplear en los otros dedicados a la Democracia Cristiana.

Tal medida se la merecía, sobre todo en un momento en que coincidente con la publicación de mi libro, pagaba sus culpas —como inspiradas por el espíritu de Edmundo Pérez Zujovic— luchando cada vez con más convicción y menos vacilaciones contra el gobierno de Salvador Allende.

Nada de fondo he cambiado en los capítulos de ésta separata. Si tal cosa no lo hubiera hecho por principio, la prudencia me la habría dictado una gran mayoría de la militancia y la “simpatizancia” democristiana —especialmente de ella sus valientes mujeres— que ha sido desagradablemente sorprendida por el opúsculo del señor Frei. En realidad, a éste se le prestó un dudoso servicio al autorizarse su publicación.

Si su autor hace años dio a luz, como plataforma política, otro escrito que tituló “La verdad tiene su hora”, hoy es cosa de temer que los punteros de su reloj se hayan detenido. Después de los errores que cometió —descritos algunos en ésta separata— lo único que aún marca es la hora de su reincidencia.

Espero que la lectura de éstas páginas haga meditar, sino al señor Frei —cuyas ambiciones de regreso al poder parecerían haberlo enceguecido— a gran parte de la gente que por muy adicta que todavía lo sea, no quiere para Chile, de manera alguna, el regreso del sovietismo.

SANTIAGO, 23 de Enero de 1976.

Marcos Chamudes

ENTRE FREI Y TOMIC, LA RESPONSABILIDAD DEMOCRISTIANA

Este libro no ha sido escrito para juzgar el sexenio democratacristiano. Pero, por haber precedido al régimen de la Unidad Popular, su Gobierno, su partido y sus hombres tienen que estar muy presentes en sus páginas.

Dejaremos a la historia —la que según alguien dijo, es una destiladora de chismorreos, y que en este caso podría ser de pasiones desatadas—, que se encargue de tal tarea. Más que ingrata e inconveniente, ésta podría ser ahora injusta.

Para aquellos que, de todas maneras, quisieran condenar a la Democracia Cristiana, sin postergación alguna —objetivo que para mí mismo podría ser muy tentador—, cabría, como tranquilizante, recordarles que ya alguien hizo frente a ella de juez, sin animadversión alguna, pues fue, es y será, por mucho tiempo, la persona más importante de sus filas: Eduardo Frei.

AUTOCRITICA. "KERENSKY CHILENO". SU MAYOR PECADO

El ex Presidente de la República, al prever que no se mantendría la continuación de su partido en el gobierno, dijo en una oportunidad: "Si éste se interrumpe, no será tanto por la acción de los adversarios, como por los errores y debilidades generados por nosotros mismos". (Carta a la Junta Nacional de la Democracia Cristiana, del 2 de mayo de 1969).

Cuál habrá sido la cuota de culpa que en esta frustración tuvo el propio autor de tan amarga autocrítica?

Un político argentino "frondizista", Rogelio Frigerio, al comentar la victoria de Allende, dijo según una información cabegráfica, que éste se presentaba "como Frei más uno".

Aunque en su estilo es una buena frase —razón por la cual la citamos— peca de arbitraria proporcionalidad.

Por implacable que se quisiera ser con el ex Mandatario democratacristiano, habría que reconocer que entre él y Allende la cuenta es muy superior a "más uno".

Es cierto que los errores, los abusos, las incorrecciones del Gobierno de la Unidad Popular —señalados desde la oposición por la Democracia Cristiana— fueron también pecados

de ésta cuando ejerció el poder. Pero, en honor a la verdad, entre una y otra etapa en que se gestó la caída de Chile —por lo que ya se advierte de lo corrido en la segunda— la diferencia sería mucho mayor que la indicada por el argentino Frigerio.

El mayor de los pecados de la Democracia Cristiana, y en el cual nos detendremos sin esperar el pronunciamiento de la historia —no sólo por el propósito de esta obra, sino también porque para ello tenemos todos los antecedentes y las consecuencias del caso— es aquel que hizo merecer a su Presidente Frei, más o menos apropiadamente, que le calificaran en el título de un libro de “Kerensky” chileno (por Fabio Vidigal Xavier da Silveira).

Su Gobierno, en vez de atajar al comunismo, como había prometido hacerlo, precipitó su venida.

Con ésta afirmación no se incurre en ningún inflamado subjetivismo.

Es una triste pero ineludible obligación para la Democracia Cristiana chilena —que al igual que algunas extranjeras se había proclamado, algo arrogantemente, como la “única alternativa” frente al comunismo— aceptar que fue para éste no un muro de contención, sino de cauce por el cual llegó al poder.

SIEMBRA DEMOCRISTIANA Y COSECHA COMUNISTA.

EL CAMINO ITALIANO.

En la edición de PEC del 1º de marzo de 1964, en vísperas de una elección complementaria de diputado, cuyos resultados cargarían la balanza para apoyar ese año como candidato presidencial que enfrentará a Salvador Allende, al radical Julio Durán o al demócratacristiano Eduardo Frei, dijimos de éste último que “sería pan para hoy y hambre para mañana”.

Y agregamos:

“Cuando se han sembrado vientos se cosechan tempestades, según reza una frase muy conocida. Y cuando se han sembrado ilusiones, se cosechan desesperanzas.

“La Democracia Cristiana se ha dedicado a estas dos clases de cultivos.

“La segadora comunista será después la que recoja los frutos”.

Todo lo ocurrido en Chile es muy dramático, para que nos demos el mezquino placer de ostentar que hicimos de profetas, pues habríamos preferido equivocarnos. No era muy difícil, por lo demás, prever lo que se nos vendría encima con el comportamiento demócratacristiano. También sabíamos lo que les estaba sucediendo a sus hermanos italianos, que desde entonces hasta hoy les han pavimentado ya gran parte de su camino hacia el poder a los comunistas de su país.

En los comicios de 1963 los comunistas italianos habían aumentado su cuota electoral, inesperada e impresionantemente, a expensas de los demócratacristianos.

Eduardo Frei, en declaraciones que hizo a su regreso de un viaje por Europa, había pretendido restarle importancia a éste revés. Sin embargo, un diario de allá, de la justificada resonancia de "Il Corriere della Sera", lo comentó con las siguientes palabras":

"El hecho más inquietante y alarmante y el más negativo de la política de centroizquierda de etiqueta fanfaniana,, es el aumento de más de un millón de votos del Partido Comunista". Y agregaba: "Señal de que donde se borran y confunden las barreras políticas, morales y religiosas para hacerle competencia al Partido Comunista con sus mismos métodos, se le dan a éste mayores posibilidades. No estamos ante una cuestión económica y social, sino ante una cuestión política y moral".

Tal juicio podría haber sido escrito sobre lo que pocos años después —siete, exactamente— le ocurrió a la Democracia Cristiana chilena.

Eduardo Frei, como candidato a la Presidencia de la República, apoyado por su partido y la "Derecha", conjuntamente con los sectores independientes que le habían dado a Alessandri su victoria en 1958 —y que se le unieron para evitar, en septiembre de 1964, la de los comunistas con Allende— obtuvo en las urnas un poco más del 56% del electorado.

PORCENTAJES DE UNA DECADENCIA. DEMAGOGIA CONTRA EL DERECHISMO Y FLIRTEO CON EL COMUNISMO

Meses después, en la elección general efectuada en marzo de 1965, para renovar la totalidad de la Cámara de Diputados y parte del Senado, la Democracia Cristiana conquistó algo más del 43% del electorado. Posteriormente, en los comicios

para designar los nuevos municipios (1967), su porcentaje fue menor: un poco más del 36%. Y en la elección general parlamentaria de marzo de 1969, a duras penas pudo obtener el 31%.

Así, la caída en las urnas se presentaba para la Democracia Cristiana, evidentemente, en forma vertical, por más que ella trataba de disimularla —en vez de encarar valiente y honestamente la causa de su mal— con inútiles alardes de que, a pesar de todo había “sido ratificada en su calidad de fuerza política ostensiblemente mayoritaria dentro del país”.

¡Valiente consuelo!

La Directiva Nacional de la Democracia Cristiana, al conformarse con esas palabras, que extractamos de la declaración hecha por ella después de la elección de marzo de 1969, hace recordar al personaje de la historia que, desplomado en el espacio desde un rascacielo, al pasar frente a cada piso se tranquilizaba, pensando: asta aquí vamos bien.

Aunque la Democracia Cristiana no se hizo pedazos en el golpe que sufrió el país con la victoria de Allende, y en comicios posteriores siguió manteniendo, si bien más deteriorada, “la calidad de fuerza política ostensiblemente mayoritaria dentro del país”, perdió en la primera de cambio el gobierno de la República, que pensaban mantener en su poder “durante treinta años”. El desastre sufrido —de todas maneras mucho mayor que aquel le habría deparado el cúmulo de problemas derivados de la mantención del poder en las circunstancias que vivía el país— se debió a muchas causas, propias y ajenas.

Por ahora nos preocuparemos sólo de las primeras, sin olvidarnos —como lo venido haciendo en éstas páginas— de las segundas. En cuanto a las que le correspondieron a la Democracia Cristiana, destacaremos una que, de no haber existido, se habrían evitado o por lo menos atenuado las adversidades que motivaron nuestro derrumbe nacional.

La Democracia Cristiana fuera de las vacilaciones y contradicciones padecidas en la búsqueda de aliados que le permitieran llegar al poder, una vez que lo alcanzó, cometió el error fundamental de no saber distinguir quién sería siempre su peor enemigo. En cambio, tomó como tal a uno que sería su adversario sólo en forma circunstancial, pese a no haberle faltado motivos, y algunos muy justificados, para serlo apasionada, eterna e intransigentemente.

En pocas palabras, se equivocó medio a medio en el tratamiento que les brindó al comunismo y a la Derecha. Sin sentirse comprometida por el hecho de que ésta última, para atajar a Allende, la había apoyado incondicionalmente en las elecciones de 1964, una vez que su candidato Eduardo Frei ganó la Presidencia, hizo de su morganática aliada su enemigo Nº 1, mientras que con el Partido Comunista se condujo como un ingenuo cortejante, constantemente burlado. Hasta que, como en el tango, “quedó en la vía”, fuera del poder.

Y lo triste del caso es que actuó de tal manera no por convicciones doctrinarias claras y en verdad profundas, sino por errados cálculos políticos.

Desgraciadamente, tenía que suceder algo así.

EN BUSCA DE UNA DOCTRINA. TRAICION A SU PROPIA CUNA: LA FALANGE NACIONAL

Mientras la gente que se incorpora al Partido Comunista lo hace para servir una causa ya muy determinada y que no intenta siquiera modificar, la que ha entrado en la tienda de la Democracia Cristiana, desde que nació a la vida como Falange Nacional (sin considerar, por supuesto, a los que en la hora de la victoria llegaron al reparto) ha andado “pirandellianamente” en busca de una doctrina que justificara su actuación —desinteresada para los más, calculada para los menos— en la vida pública nacional. En ésta exploración ideológica, por caminos que iban del fascismo al marxismo, pasando por el del socialcristianismo o por senderos “comunitaristas” no claramente trazados, la unidad interna de la Democracia Cristiana ha sufrido más de un desgarramiento.

Rafael Luis Gumucio, destacado líder conservador, bajo cuyo alero espiritual se formaron los jóvenes que después de abandonar el partido de su maestro fundaron la Falange Nacional —como originalmente se llamó la Democracia Cristiana—, le envió una carta a Manuel Garretón Walker, primer presidente de la rama desgajada, en la que entre otras cosas le decía:

“La Falange, por su cuerpo de doctrina, porque ha penetrado en la clase media, porque inspira confianza al pueblo, porque posee el secreto de una mística que arrastra y entusias-

ma y, sobre todo, porque se le sabe desinteresada y sincera, es en realidad la única entidad política con fuerza eficaz para detener el avance del comunismo". (Cita de Ricardo Boizard, La Democracia Cristiana en Chile).

¡Pena por don Rafael Luis Gumucio!

Esa Falange Nacional, que después se transformó en Democracia Cristiana, y con la cual él quería "detener" el avance del comunismo", se convirtió en su complemento —irresponsable e inconscientemente, si se quiere, pero de todas maneras su complemento— en la tarea de demoler la democracia chilena (fuera de que su propio hijo, Rafael Agustín Gumucio, la abandonó y formó tienda política aparte, al lado del comunismo, dentro de la Unidad Popular.

Los elementos probatorios que tenemos a mano, permiten, por su elocuencia, hacer una exposición retrospectiva de los acontecimientos. La intención es principalmente desalentar la posible solidaridad que pudiera sentir la Democracia Cristiana con su pasado frente a las críticas que se le formulan, lo cual la llevaría a no reconocer la necesidad de reparar en el futuro los errores cometidos.

**ENTRE EL COMUNISMO Y EL ANTICOMUNISMO.
REDES Y PESCA COMUNISTA. CORRESPONDENCIA
FREI - CORVALAN LEPE**

Comencemos con la hoja de servicios del propio Eduardo Frei.

A pesar de que no tenemos todas sus anotaciones no falta por allí aquella famosa frase suya, acuñada para la historia y que pronunció en una charla pública ofrecida el 27 de junio de 1947: "Hay algo peor que el comunismo: el anti-comunismo".

Pero el 25 de octubre de 1954, el Consejo Nacional de la Falange hizo una pública declaración en la que afirmaba, de manera rotunda, que la línea de su líder máximo —entonces ausente del país —era "invariablemente anticomunista". Para desmentir una opinión contraria agregaba: "Se han hecho insistentes, falsos y malintencionados cometarios sobre la concomitancia que existiría entre el senador Eduardo Frei y el Partido Comunista".

Por lo tanto, a pesar de su inolvidable frase de 1947, con esta terminante declaración parecería injusto atribuirle a Frei una mirada benevolente hacia el lado en que estaba el partido de Moscú.

De todas maneras, las relaciones de los comunistas con los demócratacristianos tuvieron permanentemente las alternativas que surgían de los esfuerzos de los primeros para atraerse a su lado al partido de los segundos (o en último caso descomponerlo), y el anhelo de éstos últimos de hacer a Eduardo Frei Presidente de Chile; para ello necesitaban buscar apoyo en las fuerzas de "izquierda" o en las de "derecha".

En éstas aguas no muy claras de la Democracia Cristiana, los comunistas tendían pacientemente sus redes.

Allá por 1961 intentaron una pesca abundante.

Con fecha 25 de abril de ese año, el jefe del Partido Comunista, Luis Corvalán Lepe, le envió una carta pública al senador Eduardo Frei, entonces presidente de su partido.

Los titulares con que ella se publicó en "El Siglo" del 28 de abril nos ahorrarán hacer su resumen.

Decían:

"Buscamos unidad de acción con todos los que luchan por los intereses vitales del pueblo. El Partido Demócrata Cristiano se empeña en plantear un falso dilema: Comunismo o Democracia Cristiana. No rehuimos la discusión ideológica con nadie. Nuestra lucha no es antirreligiosa. El Partido Demócrata Cristiano se inclina peligrosamente al anticomunismo. Podemos entendernos en objetivos que nos son comunes".

Un mes más tarde —exactamente el 30 de mayo de 1961—, tiempo necesario para dialogar con su propia conciencia y pesar sus intereses políticos, Frei le contestó públicamente al jefe del Partido Comunista.

Entre otras cosas le decía:

"¡Esta es la hora para un gran esfuerzo de concordancia entre los que aspiran a dar a Chile un nuevo régimen de instituciones que hagan realidad los cambios sociales necesarios e inevitables! Naturalmente que éste acuerdo es más fácil y seguramente más hondo entre quienes comparten una común escala de valores morales e ideológicos, pero no excluye de ninguna manera, a otros grupos humanos que también forman parte del país e influyen su destino. A éste propósito debe-

mos decirle que no es cierto que la Democracia Cristiana conciba su tarea e interprete su pasado y su presente, en función del antagonismo entre Democracia Cristiana y Comunismo. (El subrayado es nuestro).

HABLAR BIEN Y GOBERNAR MAL. CONTRADICCIONES OPORTUNISTAS. VIAJE A CANOSSA

Un parlamentario chileno, que sin hacer discursos influía poderosamente en la vida pública desde los discretos pasillos del Congreso Nacional, decía con cierto cinismo: un político debe hablar lo menos posible y de sus palabras, jamás dejar constancia escrita alguna.

Frei no siguió éste consejo.

De haberlo hecho, habría perdido la posibilidad de llegar al Gobierno, y Chile de contar con uno de los mejores oradores políticos que ha tenido durante los últimos años. En una oportunidad, cuando era Presidente de la República, PEC, al referirse a él, dijo que "era una lástima que hablara tan bien y el país marchara tan mal".

Pero por otro lado, por ser la antítesis del argentino Hipólito Yrigoyen, que fue un gran líder sin tener otra elocuencia que la de su permanente silencio, nuestro compatriota, por estar públicamente presente con su pensamiento en cada oportunidad que tenía a la mano, dejó con la misma reiteración la huella indeleble de sus contradicciones.

Estas —y mencionaremos sólo las que interesan al propósito de éste libro— nada tenía que hacer, por ejemplo, con las de Sartre, quien ha dicho que no podría detenerse en una idea sin buscar los argumentos con los cuales destruirla: o las que más de una vez hemos señalado en Neruda, que nada han tenido que hacer con especulaciones existencialistas o dialécticas, sino con moscovitas servidumbres espirituales.

Las contradicciones que de Frei hemos advertido se originan, en cambio, en un político que busca el poder.

Para satisfacer ésta ambición, más de una vez dedujo que le era necesario obtener el apoyo de los comunistas.

Su cálculo fue errado ya que terminó por ser elegido Presidente de la República gracias a que se congregaron en torno de su nombre y al lado de su partido, todos aquellos chilenos que coincidieron en un propósito: atajar al comunismo.

Impulsado por sus equivocadas conjeturas, en octubre de 1963, después de asistir a un Congreso Mundial de la Democracia Cristiana que se efectuó en Estrasburgo, voló en forma sorpresiva a Moscú, donde permaneció exactamente una semana.

Tal correría tenía que llamar la atención en Chile.

El trató de justificarla con razones poco convincentes. Estaba interesado, dijo, en saber lo que ocurría en la Unión Soviética, lo que sentía su pueblo, lo que pensaban sus dirigentes.

Pero nadie podía admitir la explicación de que un hombre como Frei iba a peregrinar en busca de una visión superficialmente turística de la "patria del proletariado mundial".

En verdad, fue un viaje a Canossa, tan desesperado como el que años después y con idénticos propósitos emprendería el candidato presidencial 1970 de la Democracia Cristiana: Radomiro Tomic.

Y aunque no se humillara, como en el castillo de ese burgo italiano lo hiciera Enrique IV ante el Papa Gregorio VII por la "querrela de las investiduras", Frei golpeó de todas maneras las puertas del Kremlin en búsqueda, para su candidatura presidencial, del apoyo que le negaban los comunistas chilenos.

CONVERSACION EN MOSCU. DE RUSIA CON ESPERANZAS. DIVIDENDOS PROPAGANDISTICOS DEL COMUNISMO

Sus afanes en Moscú se entrevieron por indiscreciones —a lo mejor autorizadas calculadamente por el afectado— cometidas por el señor Gastón Cruzat, abogado y hombre de negocios que fugazmente ejerció el periodismo como director de "La Voz", semanario semioficial de la Iglesia Católica.

Encontrándose en Europa, hizo coincidir un viaje suyo a la URSS con el de Frei, a quien seguía como admirador personal y como simpatizante de la Democracia Cristiana.

En el periódico de su dirección —el correspondiente al 27 de octubre de 1963— Cruzat narra una entrevista de Frei con el "camarada" Palezkis, Vicepresidente del Soviet Supremo, a la que él concurrió.

He aquí cómo transcribe una parte de esa conversación, que por lo reveladora es digna de ser reproducida:

“Frei explica la composición de las fuerzas políticas chilenas y su posición como candidato a la Presidencia.

“Palezkis: —Para nosotros es muy difícil de comprender esto de izquierdas y derechas. Pero sabemos que en algunas partes el Partido Demócrata Cristiano es progresista.

“Frei:— Es el caso de Chile.

“A pesar de que tenemos diferencias ideológicas, me parece que entre comunistas y demócratacristianos hay puntos de contacto, como la paz y el mejoramiento de los pueblos.

“Así es, en efecto —añadió Frei—”.

Hasta aquí es lo que revela Cruzat de esa conversación. El resto —porque suponemos que algo más se debe haber dicho en ese camino por donde ya se deslizaba el cambio de ideas sobre los “puntos de contacto” entre el comunismo y la Democracia Cristiana— habría que dejarlo a la imaginación de los lectores.

Al regreso de su visita relámpago a la URSS, el candidato demócratacristiano hizo declaraciones elogiándola sin reservas, contando que allí querían comprarnos nuestro cobre (lo que después se le propuso a su Gobierno en condiciones que él estimó inaceptables), recomendando restablecer relaciones diplomáticas con ella y manifestando —lo que ya constituía una ilusa reincidencia— que “en un plano nacional y en hechos concretos era posible la colaboración con el Partido Comunista”. (“El Mercurio”, 19 de octubre, 1963).

Frei no consiguió la colaboración soviética para su candidatura, pues a pesar de su entrevista con el “camarada” Palezkis, la orden de Moscú, para que los comunistas chilenos lo apoyaran, nunca llegó.

Peró éstos, de todas maneras, se beneficiaron bastante con su tentativa, como ya lo habían hecho antes con las de algunos radicales y otros ingenuos que habían cultivado parecidas ilusiones.

En el mismo diario “El Siglo” (que el 26 de septiembre de 1971 llevaba una declaración del Comando Nacional de la Unidad Popular, en que se atacaba a Eduardo Frei, atribuyéndole que “cuando preparaba su candidatura 1964 solicitó ser invitado a la Unión Soviética, visitó ese país y vertió opiniones laudatorias sobre lo que hoy califica de esclavismo, porque entonces necesitaba una imagen pública de hombre moderno,

liberal, democrático, abierto al diálogo”) se había dicho años antes, en su edición del 20 de octubre de 1963, en un editorial intitulado “Más vale tarde que nunca”, lo siguiente:

“Eduardo Frei viajó a la URSS y, como hombre cabal que es, ha regresado dando fe de su realidad, revisando conceptos viejos y caducos, que más que conceptos suelen parecer —y seguramente lo son— prejuicios que se batan en retirada y se hundan en la maraña de los modos de pensar que se deterioraron irremisiblemente... Las declaraciones del senador Frei desdicen en forma clara a aquellos sectores de su partido que aún pretenden cosechar frutos del más cerril y obstinado anticomunismo”.

Así, gracias a los juicios de ese “hombre cabal” que era Frei —y al que después de su campaña presidencial, en su Gobierno y en su retiro no le ahorraron ningún adjetivo vejatorio— los comunistas, ni lerdos ni perezosos, aprovecharon la oportunidad de hacerle propaganda a su paraíso soviético y castigar a los que osaban cometer un pecado al que le dieron categoría de crimen: el del anticomunismo.

ENTRE UN ANTICOMUNISMO VERGONZANTE Y OTRO SIN RODEOS. INGRATITUD DEMOCRISTIANA. FUENTEALBA PIDE PERDON. PUNTAPIE COMUNISTA.

De todas maneras, cuando la lucha presidencial se entabló entre Allende y Frei, éste último no pudo eludir hablar en el lenguaje que, en su caso, “no se atrevía a decir su nombre”: el de ese anticomunismo que él mismo en otros tiempos había condenado.

¡Con qué cautela lo hacía!

He aquí por ejemplo, una de sus frases:

“La fuerza predominante del FRAP es el comunismo y él representa una determinada filosofía, una técnica para gobernar, un método político y un sistema económico conocido por el mundo entero. No ando, pues, mostrando el cuco comunista, sino planteando líneas de gobierno”. (“El Mercurio”, 21 de marzo, 1964).

De la tarea de exhibir el “cuco comunista”, cosa algo chocante para la delicada sensibilidad y, más que nada, comprometida posición demócratacristiana, se hizo cargo un grupo

de combatientes, entre ellos uno que otro periodista, que se alistaron en la primera línea de fuego de la lucha ideológica en contra del comunismo.

Yo fui uno de ellos.

No anduvimos con rodeos, no fuimos tímidos como Frei y sus adlátere, para mostrar en los hechos lo que era "una determinada filosofía, una técnica para gobernar, un método político y un sistema económico conocido por el mundo entero".

A nuestra batalla, Salvador Allende y sus partidarios la llamaron "campana del terror" y le atribuyeron, con cierta razón, la causa de su derrota.

Por mi participación en esa contienda, que como siempre fue de "piloto suicida" —según me bautizó una vez Julio Durán—, respondo personalmente. Mi cruzada estuvo ceñida estrictamente a la verdad. No dije ni escribí una palabra con que intentara faltar a ella. Por lo demás, para combatir al comunismo no es necesario —hace ya tiempo— fabricar fantasías.

Triunfó Frei, pero no tardaron mucho los demócrata-cristianos en olvidar que su victoria se había debido a la unidad de todos los sectores democráticos para derrotar al comunismo, que al innegable prestigio del candidato o a la fuerza de su partido, que aunque poderoso, no habría llegado por sí solo a ninguna parte .

La arrogancia, la ingratitud y, lo que es más grave, la irresponsabilidad hicieron rápida presa de los triunfadores.

De su presidente, el entonces diputado —después senador— Renán Fuentealba, se publicó en el semanario comunista "Vistazo", exactamente diez días después de las elecciones —el 14 de septiembre de 1964—, una entrevista en la que aparecía como poniéndose de hinojos ante los recién derrotados, para pedirles perdón.

He aquí algunas perlas de sus declaraciones:

"...debo declarar que no somos anticomunistas ni vivimos en función del anticomunismo".

"La candidatura del señor Frei nunca fue anticomunista. No hay un discurso de la campana que ataque al comunismo o al FRAP. Es cierto que hubo una intensa publicidad apoyando su candidatura, la cual tenía un contenido anticomunista, pero esa no es responsabilidad nuestra".

“Hubo muchos grupos que apoyaron la candidatura de Frei, pero a ellos no nos ligaba nada, mucho menos compromisos, de modo que lo que ellos hicieron nosotros no lo podíamos controlar. Es cosa de ellos, no de nosotros”.

Y el mismo Fuentealba, que en plena contienda electoral había realizado su propia “campana del terror”, después de lavarse las manos, como hemos visto, en aguas algo turbias, le tendía una a los comunistas, con el siguiente corolario a dicha entrevista:

“Fuimos adversarios en una campana presidencial en que dos fuerzas —el FRAP y nosotros— luchaban por destruir el régimen existente. De ahí que consideramos negativa y destructiva su oposición cerrada a toda forma de colaboración con nosotros”.

Pero los comunistas, a pesar de que han mantenido siempre la cabeza muy fría, tanto en sus victorias como en sus derrotas, estaban todavía resentidos por la tercera frustración experimentada con la candidatura Allende. Mucho más aún al haberse producido ésta por la unidad anticomunista forjada en torno de la candidatura Frei.

Y así, a la mano cordial de Fuentealba respondieron con un puntapié.

En política, como en el amor, se suele a veces dejar de lado la dignidad, pero no se puede prescindir de la inteligencia para ver cuándo es incesario atropellarla por no haber en perspectiva beneficio alguno.

A los dos días —exactamente el 16 de septiembre de 1964— después de aparecer sus humillantes declaraciones en el semanario comunista “Vistazo”, el diario oficial del Partido, “El Siglo”, dijo, acotándolas:

“Suena bonito. Pero no convence, porque no responde a los hechos. El propio Renán Fuentealba se caracterizó, a lo largo de la campana, especialmente después que la Democracia Cristiana obtuvo el apoyo de la reacción, por sus ataques llenos de encono y de calumnias contra el comunismo... El intento del presidente de la Democracia Cristiana de evadir su responsabilidad y la de su partido en cuanto a la campana anticomunista feroz desatada por sus aliados es poco serio, para decir lo menos... Debería Renán Fuentealba dejar su actitud jesuítica y asumir su responsabilidad en cuanto al envenena-

miento masivo de la opinión pública en que ha participado. Las Palabras no pueden borrar los hechos”.

Los comunistas, hay que reconocerlo, no dejaban de tener razón en su diatriba contra Fuentealba.

JUICIOS DE JULES DUBOIS. MALA MEMORIA DE UN VOCERO DEMOCRISTIANO. COLUSIONES DEMOCRISTIANAS - COMUNISTAS

No es necesario acudir al testimonio comunista, cosa que nunca haría, para afirmar en la forma más responsable, que Frei, la Democracia Cristiana entera, su presidente Fuentealba y todos sus personeros y militantes estaban radiantes de felicidad por el desarrollo de la campaña anticomunista que contribuiría a darle a su candidato la victoria. Que Fuentealba se lamentara de no poderla controlar, eso vino después.

En cuanto a lo que yo personalmente realicé, tengo un solo testimonio, es decir el único invocable, ya que me está vedado exhibir cartas y referirme a conversaciones privadas que existieran sobre la materia.

Helo aquí.

El fallecido periodista norteamericano, Jules Dubois, que más se engrandecía cuando más lo odiaban y calumniaban los comunistas, estuvo en nuestro país para las elecciones presidenciales de 1964. En su columna, distribuida en diversos diarios de Estados Unidos, contó cómo había contribuido a la batalla democrática un “libro de gran venta, escrito por el ex diputado comunista Marcos Chamudes —El Libro Blanco de mi Leyenda Negra— en el cual al defenderse de las calumnias que le lanzaban los que habían sido hace más de veinte años sus camaradas, ponía dramáticamente en evidencia los métodos de terror propagandísticos del comunismo”.

La “gran venta” de mi libro, a la cual aludía Dubois, se debió en cierta parte a los activistas demócratacristianos. Compraban ejemplares para su propia lectura y a pesar de que en sus páginas no se escatimaban críticas al zigzagueo de su partido con respecto al comunismo, adquirían algunos más para contribuir así a una mayor divulgación de los ataques que allí se hacían contra Allende y los comunistas.

Pruebas al canto.

El interés de la Democracia Cristiana en la circulación de mi libro se demuestra en una página entera, la Nº 19, de la edición dominical del 16 de agosto de 1964 del diario más importante de la región austral de Chile, "El Sur", de Concepción, que me fue dedicada a raíz de la aparición de dicho libro. Por orden expresa de su Director, el democristiano Emilio Filippi, fue escrita por su corresponsal en Santiago, otro periodista democristiano de tomo y lomo: Darío Rojas Rojas, quien la firmó. A pesar de que en esta iniciativa había más interés en difundir mi Libro Blanco por lo que tenía de anti-comunista que en hablar de su autor, la página, con la reproducción de la portada de la obra y dos fotografías mías, llevaban los siguientes titulares: "La increíble historia de un chileno que no se rinde. Un hombre sólo frente a su leyenda negra. Marcos Chamudes cuenta por qué fue expulsado del Partido Comunista".

No reproduciré lo que elogiosamente se dice en esa página de mi, pero citaré algo por lo pertinente:

"Chamudes no niega ni se arrepiente de las batallas tenidas con la Democracia Cristiana. Recuerda que Jorge Cash, cuando dirigió su diario "La Libertad", "siguió rigurosamente la línea de insultos y falsías que la propaganda del Partido Comunista había sembrado con pertinacia y majadería". Pero hace sólo una crítica de fondo contra aquella colectividad: "ha ablandado la conciencia anticomunista de Chile". Estima que al triunfar Eduardo Frei será menester apoyar su Gobierno. Ese apoyo lo fundamenta en la necesidad de agruparse férreamente para enfrentar al comunismo".

Frei y su partido, una vez en el poder, hicieron muy difícil este propósito colaboracionista.

De PEC no quise hacer una revista de oposición. Pero poco a poco hube de cargar la tinta más en la crítica que en la defensa del Gobierno.

Bastantes méritos hizo la Democracia Cristiana para merecerla.

El mismo Emilio Filippi, que como dije había ordenado publicar en el diario que dirigía la página descrita, fue después elegido presidente del Colegio de la orden periodística por una alianza que hicieron los profesionales de la Democracia Cris-

tiana y el Partido Comunista para posesión y distribución de sus puestos directivos.

Por denunciar y condenar esta colusión, que se practicó en más de un aspecto y en más de una ocasión en el movimiento sindical, en la política universitaria, en las actividades juveniles, etc., y por criticar al Gobierno o dar a conocer algunas formas de corrupción de sus funcionarios, la prensa demócratacristiana no tuvo escrúpulos en repetir en mi contra, reiterada e irresponsablemente, las falsedades comunistas que destruí en El Libro Blanco de mi Leyenda Negra, el mismo que a vuelo de campanas y con toda clase de elogios hizo divulgar el periodista máximo de la Democracia Cristiana: Emilio Filippi.

Ahora que su partido está padeciendo en el purgatorio de la oposición, sus hombres, desde Frei para abajo, con qué ardor y con qué razón protestan por esas mismas canalladas de que yo fuí antes víctima y de las cuales sus voceros no vacilaron en hacerse eco.

No por el afán de volver sobre las cosas desagradables ni por ostentar la forma con que respondía a los ataques, sino por la enseñanza que encierran, es que recordaré una o dos controversias que tuve con los demócratacristianos.

EL "ERASMO" FREI

En un artículo firmado por "Erasmus" —que después se supo que era el propio Eduardo Frei— aparecido en su diario de entonces, "La Libertad" (18 de abril, 1959), se dijo de mí:

"Y para que nada falte (en la defensa del Gobierno de A'essandri) hasta un ex comunista, conocido por sus andanzas internacionales, comienza a secretar su veneno —y lo tiene en cantidad— a través de la radio que posee el Banco del Estado".

A esta agresión contesté lo siguiente (sin necesidad, ahora, de agregar comentario alguno, que estaría de más):

"Es curioso lo que ocurre con estos señores que se dicen cristianos. Al parecer no se exagera cuando se le atribuye la neurastenia de la derrota. Ellos pueden dedicarles al Presidente de la República, a los redactores de "El Diario Ilustrado", a los miembros del Partido Radical, todos sus pensamientos, que no voy a calificar; pero que no se aluda al santo de su devoción, porque reaccionan no con la serenidad de Erasmo, sino con

la furia de Lutero. ¿Por qué les molesta que no sea ahora comunista? ¿Preferirían que siguiera siéndolo? ¿Me tendrían entonces más respeto? ¿O es que en el cristianismo de que hacen gala no aceptan el arrepentimiento? Que de una vez los curiosos "Erasmos" del señor Frei lo sepan bien, aunque se molesten más: no sólo soy un ex comunista. Soy algo más. He ido más lejos: soy un anticomunista. Esto significa que, a diferencia de algunos ex comunistas que colaboran o han colaborado en el diario de la Democracia Cristiana, yo me he liberado del pasado, partidaria e ideológicamente; que no tengo temor alguno de luchar contra el comunismo; que en la situación actual entre Estados Unidos y Rusia no soy neutral, sino partidario el primero, y que en caso de hipotética necesidad política, para ganarme los votos de los comunistas, no haría demagogia antinorteamericana ni desfilaría con ellos del brazo por las calles de Santiago, ni siquiera por causas defendibles (como precisamente lo había hecho Eduardo Frei, cuando el conflicto de Guatemala que provocó la caída de Arbenz). Creo que los de la Democracia Cristiana son sinceros cuando dicen que se mezclan con los comunistas con el alma de los misioneros: para convertirlos. Pero lo que están haciendo es lo contrario. El que está haciendo la gran cosecha es el viejo zorro Elías Lafertte y no el ingenuo —en este caso— de Eduardo Frei. Con los contactos que ha habido entre ellos, el comunismo no sólo carcome a la Democracia Cristiana, sino que le enseña sus malas costumbres y hasta sus métodos de polemizar. ¿A qué viene esto de que Erasmo del diario "La Libertad" hable de mis "andanzas internacionales"? ¿Dónde ha aprendido este lenguaje? Comprendo que el Partido Comunista se debata furiosamente en contra mía, porque lo he abandonado, porque lo combato, porque no me han podido aterrorizar, porque no me han podido hundir y he demostrado que fuera de sus filas, a diferencia de muchos de sus expulsados que han quedado como almas en pena, sin destino alguno, he trabajado y viajado al extranjero, me he abierto camino como periodista y he llegado a ser un hombre espiritualmente libre".

Entonces no vislumbré que un día yo podría haber hecho más económica esta respuesta, citando en mi defensa palabras del propio Frei, escritas por éste cuando se vio impedido a contestar insultos y calumnias que le dedicaron los comunistas después de llegar éstos al poder. Dijo, entre otras cosas: "...al

Partido Comunista... le interesa desprestigiar el nombre de cualquiera persona que sea un obstáculo o la implantación de su dictadura funesta". ("La Prensa"), 22 de septiembre, 1971).

LAS MALAS COMPAÑIAS DE RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO

Tiempo después otra reyerta con el diario "La Libertad", que traigo a colación con el mismo propósito que me movió a recordar la anterior; propósito que podríamos ya calificar de pedagógico.

A raíz de haberse formado en Chile un llamado "Consejo Nacional de Defensa del Petróleo" —en que al lado del dirigente comunista Bernardo Araya aparecía gente de otras tendencias políticas, como Rafael Agustín Gumucio (quien de destacado personaje democristiano, entonces, pasó después a ser la gran figura de los que rompieron con el partido de Frei y Tomić para irse con los comunistas y apoyar a Allende en 1970)— desde el diario "La Nación" (1º de julio, 1959), que yo dirigía, hicimos las siguientes preguntas:

"1º— ¿Es verdad o no verdad que los comunistas consideran que lo que es bueno para Rusia es bueno para Chile?

"2º— ¿Es o no verdad que los comunistas consideran que lo que es malo para Rusia es malo para Chile?

"3º— ¿Es o no verdad que existe actualmente una pugna entre Rusia y las potencias de Occidente por el control del petróleo en el Medio Oriente?

"4º— ¿Es o no verdad que para la estrategia soviética es mala la existencia de petróleo en cualquiera región que se encuentre fuera de su órbita de influencia?

"5º— ¿Es o no verdad que Chile se encuentra fuera de esa órbita y dentro de la órbita de las democracias occidentales?

"6º— ¿Es o no verdad que a Rusia, por estas razones, le interesa que Chile y demás países de América no se conviertan en grandes productores de petróleo?

"7º— ¿Es o no verdad que a Rusia le convendría que en caso de un conflicto armado, Chile no se abasteciera a sí mismo de petróleo y que, por el contrario, tuviera que ser abastecido por Estados Unidos, como ocurrió en la Segunda Guerra?

“8º— ¿Es o no verdad, por todos estos motivos, que el nacionalismo comunista, en materia de petróleo, surge del propósito de subordinar los intereses de Chile a los de Rusia?

“9º— ¿Es o no verdad que, no queriendo los comunistas que en nuestro país se desarrolle la industria del petróleo, resulta inexplicable que chilenos no comunistas se mezclen con ellos y griten las mismas consignas?

Los comunistas, or supuesto, no respondieron debidamente a estas preguntas. Por boca de uno de sus más altos dirigentes, Orlando Millas, prefirieron, como siempre, regarme de injurias, ya que éstas se constituyen en razones cuando no se tiene razón.

Las reproduzco (de “El Sig'o”, 2 de julio, 1959), sacrificadamente y no por masoquismo, sino porque creo que es una muestra muy elocuente de cómo “polemizan” los comunistas.

He aquí la medalla con que, fuera de sí, me condecoró Millas:

“Los esfuerzos dialécticos del diputado Serrano para presentar la campaña que ha tomado a su cargo como algo decente han sido desvirtuados por el hecho concreto de que se haya erigido en su altoparlante periodístico el amoral aventurero Chamudes. Ayer este pajarraco emporcó la página editorial del diario oficialista con 9 canalladas en forma de preguntas que desnudaron la dependencia antipatriótica de la campaña por la desnacionalización del petróleo respecto a los monopolios de Wall Street y de sus planes de guerra”.

EL “MACARTISMO”.

Por estar envuelto en la disputa un político, entonces alto personero de la Democracia Cristiana, Rafael Agustín Gumucio, era de esperar que tras la intemperancia viniera la templanza. Es verdad que a los insultos de “El Siglo” siguieron los razonamientos de “La Libertad”, pero a la postre los redactores de ambos diarios concluyeron dando voces semejantes. El vocero demócratacristiano tergiversó el planteamiento que encerraban las nueve preguntas de “La Nación”, para eludir una respuesta clarificadora y llevar la discusión a otro terreno, muy grato a los comunistas: el del “macartismo”.

He aquí lo que dijo “La Libertad” (3 de julio, 1959):

“La oposición a la indicación formulada para cambiar la política petrolera y desnacionalizar esta fuente de energía, se ha transformado para “La Nación” en una actitud comunista y los que la apoyen, de seguidores del comunismo. Esta verdadera insolencia mental, este anticuado abuso, esta manera de engañar, no resiste ningún análisis, a nadie asusta; sólo contribuye a envenenar la discusión de un problema tan grave para el país.

“Con este criterio llegará el día que si un comunista se adelanta decir, a mediodía, que nos alumbrará la luz del sol, será necesario sostener que es de noche, pues esa nueva coincidencia ya sería sospechosa. Esa es la esencia del macartismo: perseguir, inventar, aterrorizar y calumniar”.

En mi audición del 5 de julio de 1959, de Radio Corporación, le contesté a “La Libertad”. He aquí la parte pertinente de mi respuesta:

“Si en nuestro país se habla de un peligro comunista, no falta quien diga que se están difundiendo cuentos de brujas, pero aquel que no quiere que se plantee, no digamos el peligro, sino el problema comunista —con el pretexto de que se hace “macartismo”—, ese sí está contando cuentos. El cuentista, en este caso, es el diario “La Libertad”, de la Democracia Cristiana, cuyo editorial sobre “macartismo” fue jubilosamente reproducido al día siguiente, en repetición de coincidencia, por su colega moscovita “El Siglo”.

“Si desde este micrófono dijera que Rafael Agustín Gumucio es un comunista porque anda del brazo con los comunistas en el asunto del petróleo, me comportaría —y así lo reconozco— como un “macartista” y tal caso me daría vergüenza.

“El “macartismo”, que fue en Estados Unidos expresión odiosa de la histeria colectiva de un pueblo, llamaba comunista —con toda la gravedad que ese calificativo encerraba entonces en ese país— a aquel que no lo era, ya porque defendiera los derechos de los negros, ya porque luchara por un salario o su sindicato, ya porque ingenuamente firmara un documento de origen soviético a favor de la paz, ya porque leyeran a Lenin, ya porque hubiera pedido la libertad de un prisionero de Franco, ya porque fuera amigo o pariente de un comunista.

“Para un espíritu adicto a la libertad de coincidencia,

al respeto por la seguridad y la dignidad humanas y al derecho del acusado a su defensa, el comunismo es un "macartismo" al revés, pues los comunistas, a su vez, no titubean en señalar como fascista y agente del imperialismo al que protesta por la masacre de Hungría o en cualquiera forma duda de la infalibilidad del Kremlin.

"Una saludable actitud contra el "marcatismo", del cual terminó por liberarse en gran parte el pueblo norteamericano, corre el peligro de ser ineficaz con el manoseo que de esa expresión hace el diario "La Libertad". Cuando el ladrón grita ¡al ladrón! es porque quiere escurrirse entre la multitud o echar a los perseguidores por el desvío. Cuando el vocero de la Democracia Cristiana nos grita ¡macartismo! también está procurando desviarnos del problema.

"Si nosotros decimos que Bernardo Araya, vicepresidente de la CUT, es comunista, no hacemos "macartismo", pues Araya es comunista, públicamente confeso. Haríamos "macartismo" si dijéramos que Rafael Agustín Gumucio es comunista por andar del brazo con Araya. Pero nunca hemos afirmado ni podríamos afirmar tal cosa. Lo que hemos hecho es reguntar: ¿por qué andan juntos, repetimos, un no comunista como Gumucio con un comunista como Araya? Y aquí es donde el señor Cash, de "La Libertad", se pone a gritar ¡macartismo!, en forma más histérica que un "macartista", desprestigiando, naturalmente, con su extraña actitud esa cosa tan importante que es la lucha contra el "macartismo". En esta forma, el anti "macartismo" del vocero demócrata-cristiano se transforma en puro fariseísmo'.

VUELTA A LAS ANDADAS. TERROR AL CALIFICATIVO DE "ANTICOMUNISTA"

Pero esta lección que pretendí darle al señor Cash, Director de "La Libertad" o no fue muy impresioante o él tenía la impermeabilidad del caucho, pues sobre lo del "macartismo" volvió a las andadas.

De su caso no sería cosa de preocuparse en estos ilustrativos recuerdos, si no fuera porque cayó en la reincidencia siendo ya personaje del Gobierno demócratacristiano: Asesor Político del Jefe del Estado y presidente de la semifiscal Em-

presa Periodística "La Nación", de cuyo diario bajo el Gobierno de Alessandri fui su director.

En un editorial de ese rotativo se acusó al diario "El Mercurio" de ser uno de "los émulos de MacCarthy", pues éste tendría "una verdadera obsesión macartista" al afirmar que "el país entero aparece recorrido por una vasta red de agitadores del Comunismo Internacional, que controla sindicatos, universidades y movimientos campesinos".

La verdad estaba de parte de "El Mercurio" y así fue demostrado por el desarrollo de los hechos, que culminaron con la victoria comunista que llevó a Allende al Gobierno.

No verla o no querer verla fue el gran pecado de la Democracia Cristiana.

Aunque tarde, ésta, al parecer, aprendió la lección. (No podría decirse ahora lo mismo. Nota de M. Ch. Enero 1976).

En su diario "La Prensa", del 26 de septiembre de 1971, con la justificada molestia que le provocaban los furibundos ataques que los altoparlantes del Partido Comunista hacían contra Eduardo Frei, señalándolo como un "anticomunista" —lo que para el acusado, años antes, era peor que ser comunista—, se dijo lo siguiente:

"Es en este punto (calificar a alguien de "anticomunista") donde los comunistas criollos demuestran la inactualidad de sus criterios de valor. Han pasado los tiempos en que la denuncia del comunismo —tal como es aplicado allí donde rige, y difundido internacionalmente por sus agentes— era una carta sucia en manos del macartismo... Denunciar los manejos del Partido Comunista, detectar entre los hechos cotidianos la hebra conductora de una política de asalto y destrucción de la democracia, es simplemente cumplir un deber frente al país, velando por la preservación de una herencia digna que corresponde asumir y mejorar".

La Democracia Cristiana, por diversos motivos, no supo a tiempo cumplir con este deber que su prensa de hoy señala.

Un motivo fue muy poderoso.

Surgía de un temor, inculcado diabólicamente por el Partido Comunista y que acomplejaba a la inmensa mayoría de la Democracia Cristiana— y por qué no decirlo, también del país— de ser acusada no ya de "macartista", sino meramente de anticomunista.

¿Anticomunistas? ¡Librenos Dios! De ninguna manera.

Los demócratacristianos podían sentirse orgullosos de que los consideraran antimperialistas, antifascistas, antioligárquicos, anticualquiera cosa, pero no anticomunistas. En este caso, cuando el “anti” no era “profesional” —insolencia que usaban muy frecuentemente— era “negativo”. Todos los otros “antis” los consideraban positivos, pero, ¿por qué tendría que ser “negativo” el anti antepuesto al comunismo?

Si hubieran dicho que eran anticomunistas democráticos y no de tipo fascista, habrían formulado el único distingo válido que podría hacerse sobre la materia. Ser anticomunista fascitizante es algo parecido a ser antifascista comunizante. En ambos casos se trata de peleas de gente de la misma familia. En ella, gane quien gane, los principios por los cuales se abraza la causa de la democracia saldrán siempre perdiendo.

Los comunistas, que estaban siempre listos para anatematizar como grave crimen “anticomunista” cualquiera crítica, denuncia o ataques que les afectara, no aceptaban las sutilezas que, para justificarse, hacían los demócratacristianos sospechosos de incurrir en tal clase de delincuencia.

Ante unas esgrimidas por Clandio Orrego, inteligente vocero de la Democracia Cristiana, dijeron en “El Siglo” (26 de enero, 1968):

“El señor Orrego, haciendo anticomunismo trata de demostrar que él es un anticomunista muy especial que no debe ser confundido con otros anticomunistas como él. Cualquiera semejanza con los anticomunistas reaccionarios es pura coincidencia, según sus argumentos”.

Y terminaban su tirón de orejas a Orrego —a modo de admonición para que los otros muchachos democristianos no se portaran igualmente mal— con la siguiente voz de orden: “El anticomunismo es siempre negativo”.

Si la Democracia Cristiana, antes del 4 de septiembre de 1970 hubiera cumplido precisamente con la misión que un poco tardíamente señalaba en el editorial de su diario “La Prensa” antes citado, de “denunciar los manejos del Partido Comunista” (sin temor a que se le acusara de practicar un anticomunismo con adjetivos denigrantes); o de “detectar entre los hechos cotidianos la hebra conductora de una política de asalto y destrucción de la democracia” (lo cual por lo

demás no habría significado en modo alguno caer en ese "macartismo" que injustificadamente se atribuía a todos los que frente al Partido Comunista tenían una posición polémica y vigilante), Salvador Allende no habría estado en el Gobierno, sino, muy probablemente, otro demócratacristiano.

**LA DC SE AUTODESTRUYE. OPORTUNISMO, MAS MALOS
CALCULOS ELECTORALES. UNA VERDAD QUE CON FREI
"TIENE SU HORA". VOTO DC PERDIDO, VOTO GANADO
POR LA DERECHA**

El peor obstáculo para que la Democracia Cristiana se mantuviera en el poder fue la propia Democracia Cristiana.

Pese a que a ésta, por falta de seguridad en sí misma, le roía como un mal recuerdo la breve compañía electoral en que anduvo con la Derecha en 1964; a que de esta compañera, de la cual se avergonzaba, hizo ya en el Gobierno, su enemigo principal; a que unió a su expresión política la persecución económica y muchas veces hasta el acoso de los empresarios no demócratacristianos —en especial agricultores, a muchos de los cuales despojó de sus tierras con una Reforma Agraria bien intencionada pero mal concebida y peor aplicada; pese a todo esto, en 1970 se habría levantado otra vez la misma muralla que atajó a Allende en 1964.

Entre la bolsa y la vida, la Derecha chilena —que al margen de este lenguaje figurado, es de justicia recordar que también luchaba por principios muy respetables— habría preferido, como casi siempre ocurre, ir entregando sus bienes y seguir viviendo. Es decir ante la Unidad Popular, habría optado nuevamente, como mal menor, por la Democracia Cristiana.

Pero, por oportunismo político y por errados cálculos electorales —como veremos más adelante— la Democracia Cristiana hizo imposible una nueva acción unida con la Derecha, empujando así al país a ser víctima de una victoria comunista.

En febrero de 1969, cuando su directiva máxima reafirmaba la plataforma de su campaña para las elecciones generales de parlamentarios que se efectuarían un mes más tarde —y que serviría para evaluar la distribución de fuerzas políticas a enfrentarse en la elección presidencial de 1970— Renán Fuentealba, una vez más su presidente dijo:

“La verdad de las cosas es que según los antecedentes que obran en nuestro poder, nuestro adversario es la Derecha”.

Y estas palabras las reiteraba —junto con incitar a sus camaradas a “desnudar” a la Derecha, recordándole al país todos los pecados que, según él, había cometido— con la siguiente acotación:

“Voto que nosotros perdemos, según nuestros antecedentes, no va a dar al FRAP (la Unidad Popular de entonces), sino que a la Derecha. Es nuestra adversaria” (“Flecha Roja”, 19 de febrero, 1969).

Esta posición de Fuentealba, de la cual se hizo eco reiteradamente su partido, no necesita ser calificada en estas páginas. Ahorran el hacerlos, como se merece, las siguientes palabras de Eduardo Frei, escritas en su libro “La Verdad tiene su hora”:

“Un gobernante resumía cierta vez su experiencia, diciendo que en Chile no se puede llegar al poder sin tener al pueblo y que para conquistarlo era necesario, en primer término, ofrecer sin medida todo lo que al pueblo halagaba e injuriar a la Derecha (“desnudarla”, como decía Fuentealba), calumniar e insultar a sus componentes, aún a sabiendas que muchas veces se está mintiendo. Es una técnica que ha dado buenos dividendos”. (“Editorial del Pacífico”, Santiago de Chile, 1955, pág. 57).

Por esta “técnica” que aplicó la Democracia Cristiana, y a la que se agregó el flirteo con los comunistas, pasaron a beneficio de éstos los “buenos dividendos” de que hablaba Frei.

Mientras que la Democracia Cristiana, como anteriormente hemos señalado, disminuía continuamente su fuerza electoral —a pesar de todos los recursos que para ganar votos le daba el poder— los comunistas, con paso firme y seguro, aumentaban la suya.

Parte importante de los votos demócratacristianos que, perdidos por éstos, no iban a otros partidos, se transvasaban al Comunismo.

Ya hemos visto antes que los porcentajes electorales de la Democracia Cristiana en los comicios de 1965, 1967 y 1969, fueron respectivamente: 43,60; 36,43 y 31,05 por ciento. En

cambio, los del Partido Comunista fueron: 12,73; 15,09 y 16,60 por ciento.

Este descenso electoral por un lado y ascenso por otro, se veía también, fuera de los comicios cívicos, en otras actividades de la vida nacional.

A diferencia de lo que ocurre ahora, con la Democracia Cristiana en la oposición contra el Gobierno de Allende —donde ha obtenido considerables victorias en las organizaciones de masas, porque en torno suyo aglutina a todos los que quieren cambios, pero dentro del pluralismo político, de la independencia sindical y del sistema democrático— cuando estuvo en el poder, aunque algunas veces ganara puestos dirigentes por confabulaciones electorales con los comunistas, perdía influencia en éstas por ir a la zaga de ellos en su acción y por hacerse eco de sus consignas.

Quien se proclame no comunista y aún anticomunista, pero recurra en su actividad política a las rentas que arroja la explotación de la lucha de clases —como lo hizo la Democracia Cristiana desde el Gobierno— terminará en una forma u otra, más tarde o más temprano, por ser arrastrado a la ruina por el Partido Comunista.

UN RUINOSO NEGOCIO PARA LA DC. EL APRETON DEL OSO. INTERROGANTE SOBRE BERNARDO LEIGHTON

En la asociación democristiana - comunista, en que el primer socio puso el capital y el segundo la experiencia, a la hora de la liquidación —como en un cuento que anda por allí— el primero se quedó con la experiencia y el segundo con el capital.

Los “compañeros” estuvieron siempre muy conscientes de las risueñas perspectivas de este negocio. Y de cómo encaminarlo.

En un pleno del Comité Central del Partido Comunista, el entonces subsecretario general, hoy fallecido, José González, dijo en su informe (“El Siglo”, 28 de junio, 1965):

“De lo que se trata es de que estemos EN las masas. Debemos estar allí donde está el grueso de la masa. Y esta concepción del asunto nos obliga a no quedarnos al margen

de las organizaciones que está creando la Democracia Cristiana. Los comunistas debemos incorporarnos a ellas; por cierto que no para hacer el juego al partido gobernante en su política divisionista y reformista, sino que para darles a esos organismos su verdadero carácter de clase e infundirles combatividad, para tomar en ellos la iniciativa, para lograr que los problemas sean solucionados de acuerdo a los intereses de los trabajadores... Si el partido se decide a actuar en los organismos de masas junto a los demócratacristianos —como debe hacerlo— el pueblo nos entregará su confianza, elegirá nuestros camaradas para los cargos de mayor responsabilidad, porque conoce nuestro temple, nuestra combatividad, nuestra firmeza y nuestra lealtad para defender los intereses de nuestra clase y, con ello, se desenmascara el carácter antipopular demócratacristiana, el carácter pernicioso de la influencia burguesa en el seno de las organizaciones de los trabajadores”.

Para una aplicación de alto vuelo de la táctica trazada por el citado subsecretario general, José González, su superior, Luis Corvalán, empezó por enviar, poco tiempo después (agosto 1965), una carta pública a la Democracia Cristiana, en la que manifestaba el propósito comunista de apoyar al Presidente Frei si éste se decidía a realizar un Gobierno de “izquierda”.

Escribir cartas y sobre todo públicas, no era para Luis Corvalán “una deliciosa manera de perder el tiempo”.

A poco de enviar la suya a la Democracia Cristiana, puso “brazos a la obra”, tendiéndolos para darle a esa el apretón del oso.

Así fue como en una dramática sesión del Senado, en que por estrecha cantidad de votos se resolvería si darle o no fondos al Gobierno para que sus autoridades provinciales pudieran emplearlos en gastos de Juntas de Vecinos, Comités de Madres y otras “organizaciones de masas”, esas cuyo control, a pesar de haber sido creadas por la Democracia Cristiana, le abrían el apetito al Partido Comunista, éste —a diferencia de su aliado, el Partido Socialista (que se abstuvo en la votación) y de su futuro aliado, el Partido Radical (que junto con la Derecha se puso abiertamente en contra)— dio

su apoyo para que en esas iniciativas se usaran los fondos fiscales requeridos por la Moneda.

“La Nación”, diario del Gobierno democristiano, en su edición del 20 de enero de 1966, daba a conocer, regocijada, lo ocurrido en el Senado, en una información que traía los siguientes titulares:

“Senado aprobó destinación de fondos para los Intendentes y Gobernadores. La medida, que favorecerá a los habitantes de todas las provincias del país, fue aprobada con votos demócratacristianos y comunistas y con las abstenciones socialistas. Se opusieron los radicales y el resto de la Derecha”.

Bernardo Leighton, importante personaje de la Democracia Cristiana, que a Luis Corvalán le contestara con versos de Neruda —“para que nada nos separe que nos nos una nada”— cuando el Partido Comunista pública y epistolarmente le ofreció su apoyo a Frei, siempre que el Jefe de Estado realizara una política izquierdista, fue quien, en su calidad de Ministro del Interior, declaró en esa sesión del Senado:

“Los comunistas tienen experiencia suficiente como para no habernos ayudado si hubieran pensado que los íbamos a perjudicar. Lo que pasa es que ellos están informados a través de sus dirigente de núcleos populares. Agradecemos a los comunistas, porque no nos quedaremos callados ante este servicio que han hecho al pueblo”.

¡El hermano Bernardo! Así designaron sus amigos a Leighton, por la leyenda de su bondad franciscana. Pero para ser justo, uno no sabría discernir —recordando sus pecados políticos con los que favoreció la victoria de Allende— si su aire de santidad cubría a un jugador a dos paños, a un ingeniero que se creía avisado, o a un zorro en decadencia.

¡Cómo no iba a favorecer a los comunistas el que, con dineros fiscales y trabajo democristiano, se hiciera una política populista que ellos capitalizarían —al decir de José González— en sus “organismos de masa”!

MAQUIAVELISMO COMUNISTA. TOMA Y DACA CON LA DC. FATAL PERSISTENCIA EN EL ERROR

Un aspecto de esta técnica fue admirada como ejemplar por un dirigente comunista italiano, Giuliano Pajetta, quien

después de visitar nuestro país, contó lo siguiente en "L'Unita", órgano oficial de su partido N° 276, de octubre de 1968):

"En la Comuna de La Granja conversamos con los asesores de la Democracia Cristiana. Su actitud hacia el Alcalde, un viejo militante comunista (Pascual Barraza, luego Ministro de Allende), me recordaba la situación de hace veinte años en Italia, durante los días inmediatos de la postguerra, cuando había una alianza entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana".

Y agrega el siguiente comentario, según él, hecho por "los compañeros chilenos":

"Para nosotros, la Democracia Cristiana no es el enemigo principal y ésta es una diferencia de orientación entre nosotros y los socialistas. Criticamos y combatimos la línea general del Gobierno de Frei, pero le damos nuestros votos para algunas leyes en cuya preparación hemos cooperado nosotros. Lo combatimos desde posiciones que tienen el consenso explícito de toda la gente honrada, y no es poca, que hay en la Democracia Cristiana. El enemigo principal es la Derecha, incluso la que hay dentro de la Democracia Cristiana".

Es de suponer que el socialista Salvador Allende sabía muy bien que si él estaba en la Presidencia de la República se debió a la astucia maquiavélica de esa política comunista y no a la gazmoña intransigencia y aún pese a ella, del revolucionarismo infantil de su propio partido.

Mientras los socialistas, que nunca sufrieron nada del Partido Radical, lo trataban a éste como a su peor enemigo, los comunistas, que tenían al respecto una distinta experiencia —bastante amarga, por lo demás, mirada desde su punto de vista—, le dieron al radicalismo un abrazo de reconciliación y olvido, tan fuerte que le quebró la columna vertebral, convirtiéndolo ya no en un "camarada de ruta", sino en su esclavo.

Con la Democracia Cristiana, el Partido Comunista intentó maniobras parecidas y aunque los resultados obtenidos no alcanzaron a repararle a ella el triste destino del Partido Radical, fueron sí suficientes para que el país sufriera otro más penoso: que Allende llegara al poder.

A diferencia de los socialistas, que cuando Frei derrotó a Allende en 1964, declararon que a su Gobierno —como lo hicieron en líneas generales— le negarían “la sal y el agua”, la política del toma y daca que hemos visto practicada con la Democracia Cristiana por el Partido Comunista, le permitió a éste recibir para sus finalidades —y así lo indicaron los resultados de septiembre de 1970— mucho, pero muchísimo más de lo que dio.

Pese a la amarga experiencia sufrida por la Democracia Cristiana en la elección general para congresales de marzo de 1969, en la que vio considerablemente disminuidos sus votos, persistió en el mismo error que la llevó a esos resultados: considerar a la Derecha y no al comunismo como su enemigo principal. Tenemos que “intensificar la lucha en contra de las fuerzas retardatarias de la Derecha”, fue la conclusión principal a que llegó su directiva al analizar el desenlace de esa consulta popular, que sería la última antes de la elección presidencial de septiembre de 1970.

Esta aguda miopía le costó a la Democracia Cristiana perder el Gobierno; y al país, algo mucho más grave: sucumbir ante los comunistas.

EDMUNDO PEREZ ZUJOVIC, UNIVERSITARIOS DC Y PC, DE LA MANO. ATAQUES CONTRA CARABINEROS DE CHILE. PREPARACION IDEOLOGICA DE UN ASESINATO

Es cierto que, si difícil le fue a la Derecha tener que apoyar en 1964 al candidato presidencial de la Democracia Cristiana, mucho más le habría sido hacerlo en 1970, después de los seis años de vejámenes y amarguras que padeció bajo su Gobierno.

Pero con el mismo sentido de responsabilidad cívica, ejemplar en América Latina —comparable sólo a la colombiana, cuando el liberal Lleras Camargo y el conservador Laureano Gómez depusieron sus añejas diferencias para derribar una dictadura militar— la Derecha chilena, así como antes había marginado en algunos casos su repulsión política y en otros sus temores para apoyar a Frei, lo habría hecho otra vez —frente a la nueva tentativa presidencial de Allende— con algún candidato de la Democracia Cristiana al que

no fuera tan alérgica como lo eran y con toda razón, algunas personalidades de sus filas.

¿Quién podría haber sido ese hombre?

Por ejemplo, Edmundo Pérez Zujovic, asesinado bajo el Gobierno de Allende por enloquecidos delincuentes del guerrillerismo "marxista".

Pérez Zujovic tiene ya un puesto de honor, trágicamente ganado, en el martirologio de la Democracia Cristiana.

Pero mucho antes de que cayera ametrallado por sus asesinos, su mismo partido lo había herido, como político, mortalmente. ¡Y el mártir se contaba entre sus primeros militantes cuando aquél nació a la existencia pública con el nombre de Falange Nacional!

A su causa, antes de entregarle la vida, ya le había dado mucho de sus inquietudes, de su trabajo diario y de su considerable fortuna.

Esta última la había formado, primero, fabricando ladrillos con sus propias manos —ya que a la muerte de su padre pasó a ser jefe de la familia que él dejaba— y después como un próspero empresario de la construcción.

Fue lo que se llama un "self-made-man", hecho que debe de haber contribuido considerablemente a no transformar en dilettantismo revolucionario ni en demagogia populista —como lo hicieron muchos de sus camaradas— la causa del socialcristianismo que abrazara cuando se incorporó a la Falange Nacional.

Frei lo llamó a hacerse cargo del Ministerio del Interior en un momento extremadamente difícil del país, cuando una ola de huelgas y tomas ilegales, y generalmente violentas, de fundos, fábricas, sitios eriazos, oficinas públicas, establecimientos educacionales, etc., servían de fondo a acciones terroristas, "marchas de protesta" por los caminos de Chile y escaramuzas de "guerrillas urbanas" que se practicaban criminalmente hasta con niños y niñas colegiales.

El orden público lo mantenía con energía y eficiencia el llamado Grupo Móvil del Cuerpo de Carabineros, el cual, antes de la llegada de Allende al poder, era señalado como uno de los mejores organismos policiales del mundo, en el sentido honroso del concepto.

En las postrimerías del Gobierno de Frei, el Grupo Móvil estuvo tensamente ocupado en desbaratar la acción de las brigadas de choque que los comunistas lanzaban sorpresivamente a las calles. Estas bandas —siempre respaldadas por parlamentarios, que con sus fueros constitucionales prestaban apoyo a sus componentes— tenían la misión de perturbar el tránsito, quemar automóviles, destruir vitrinas, lanzar bombas “molotov” y cometer toda clase de desmanes. El Grupo Móvil las disolvía rápidamente, con gases lacrimógenos y algunas cabezas rotas. Pero nunca con muertos: resultado que desesperaba a los comunistas, pues eran víctimas lo que buscaban para encender, cada vez más, la hoguera de la violencia.

La Federación de Estudiantes de Chile (FECH), aunque dirigida por universitarios democratacristianos, colaboraba frecuentemente con estas provocaciones comunistas.

Participamos en ellas —decían como justificación los jóvenes dirigentes democratacristianos— para no perder nuestra influencia en la masa estudiantil.

Poco les sirvió esta forma de mantenerse en sus cargos, pues la dirección de la FECH terminó por caer en manos de los comunistas. En esa línea de conducta, los estudiantes inclinaron sus preferencias por los maestros que la trazaban y ponían en práctica y no por sus pobres imitadores.

De una de esas manifestaciones callejeras, es seguro que sus impelentes no se arrepintieron —pues lograron sus objetivos perturbadores de siempre—, pero quizás les avergonzará recordarla si es que no piensan cínicamente que el tiempo lo borra todo, incluso las equivocaciones ridículas: por no estar debidamente impuestos de lo que sucedía en el Perú con el General Velasco Alvarado (al que el marxismo llama “progresista”), protestaron frente a la Embajada de Estados Unidos porque “de algún modo ese país del Norte estuvo vinculado al derrocamiento del Presidente Constitucional del Perú, el arquitecto Fernando Belaúnde Terry”. (Del vespertino entonces de propiedad de José Torá, “Ultima Hora”, 5 de octubre de 1968).

Pero al margen de esta explotación del odio anti-norteamericano, viniera o no al caso el pretexto inmediato que lo provocara, es de interés recordar la actitud que en

tales circunstancias adoptaban los universitarios democratacristianos que dirigían la FECH.

Uno de ellos, su presidente de entonces, Jorge Navarrete Martínez, conocido por su clara inteligencia, su espíritu moderado y su lealtad al partido (ya que ha estado y está en contra de aquellos que lo traicionaron para irse con los comunistas), firmó a nombre de la FECH, por los incidentes ocurridos frente a la sede diplomática norteamericana, una declaración en que se acordaba “protestar enérgicamente por la violenta acción del Cuerpo de Carabineros...” e “iniciar los estudios para entablar las querellas correspondientes en contra del Cuerpo de Carabineros...”.

Poco tiempo después, la FECH, con la firma de otro presidente democristiano, Jaime Ravinet, emitía una declaración pública (17 de marzo de 1969), que decía: “La permanencia en el cargo del Ministro Pérez Zujovic constituye un eligro permanente de repetición de medidas represivas que ocasionarán consecuencias dolorosas para los trabajadores y estudiantes”.

¡Qué más podían pretender los comunistas!

No dirigían aún la FECH, pero lograban que los jóvenes democratacristianos, sus dirigentes en ejercicio, hicieran por ellos el trabajo que se habían propuesto: acusar, desprestigiadamente, a un gobierno que los tenía a raya en sus atentados contra el orden público; y, por carambola, que los cargos contra Carabineros salpicaran a Pérez Zujovic, Ministro del Interior de quien la policía dependía.

En ese clima general de violencia creado intencionalmente de norte a sur del país, sucedió una tragedia.

Precisamente lo que buscaba la combinación comunista-socialista.

En la ciudad austral de Puerto Montt, carabineros que para reprimir demostraciones peligrosas no tenían la pericia de sus caramaradas de la Brigada Móvil, se vieron enfrentados con una de ese tipo, provocando la muerte de ocho manifestantes.

Desde entonces, el Ministro “fascista”, de “mano dura” —como ya la propaganda comunista-socialista calificaba a Pérez Zujovic— pasó a ser el “asesino de Puerto Montt”.

Así se preparó, ideológicamente, su propio asesinato.

CUANDO FREI JUSTIFICABA UNA AUTORIDAD ARMADA

“Lo marcaron”, dijo Eduardo Frei en el discurso de fondo de un homenaje que se hizo en memoria de Pérez Zujovic. (Teatro Caupolicán, Santiago de Chile, 24 de junio, 1971).

Y agregó el ex Presidente de la República:

“Sistemáticamente, todos los días lo llamaron ¡el asesino!, ¡el hombre cruel! ¿Por qué? Porque ocurrió una desgracia, porque no se escondió como otros, porque asumió como hombre y como gobernante la responsabilidad que tenía. Dicen que él ejerció la autoridad. Todos los gobiernos la ejercen. La ejercen en Polonia cuando aplastan a los trabajadores que gritan porque tienen hambre. ¿Y qué dicen de eso? La ejercen, pero lo más grave es cuando no la ejercen. Porque se acusa una desgracia de la autoridad armada, pero hoy día el país se pregunta: ¿A dónde van a conducir las desgracias de una autoridad desarmada?”.

Lo que no dijo Frei fue que en “la marcación” de Pérez Zujovic habían contribuido también, para serles gratos a los comunistas o por lo menos no pelearse con ellos —pues el “enemigo principal” era la Derecha—, los dirigentes estudiantiles demócratacristianos Navarrete y Ravinet, cuyas declaraciones citamos anteriormente; el ex Ministro demócratacristiano del Interior, Bernardo Leighton, que les contaba a su manera a sus amigos periodistas de la oposición marxista —quienes, a su vez, le hacían a la historia sus propios agregados— de cómo Pérez Zujovic le había “usurpado” ese Ministerio; el presidente de la Democracia Cristiana, Renán Fuentealba, que para “izquierdizar” la imagen del Gobierno de Frei proponía retirar a Pérez Zujovic del Ministerio del Interior; el candidato demócratacristiano a la Presidencia de la República, Radomiro Tomic, que con sus habituales malabarismos de palabras —de las que se sacudía después con alambicadas interpretaciones de la intención con que las había pronunciado— acusó a Pérez Zujovic de ser responsable de los sangrientos sucesos de Puerto Montt, agregando que esos he-

chos habían cerrado toda posibilidad a que su postulación fuera apoyada por los sectores populares.

Razón tuvo Frei al remarcar que Pérez Zujovic, junto con asumir "como hombre y como gobernante la responsabilidad que tenía", mostró otra virtud (y recordarla como lo hizo, en el seno de la familia demócratacristiana, era como mentar más que la soga en casa del ahorcado, en la de los ahorcadores). Se refería a que para asumir varonilmente esas responsabilidades, "no se escondió como otros".

Muchos de los asistentes al homenaje de Pérez Zujovic, al escuchar esas palabras, deben haberse mirado entre sí, escudriñando la reacción de los que podían sentirse así aludidos. ¡Eran tantos!

En verdad, todos los personajes que algo tuvieron que hacer con la conducción del Gobierno y del partido, cual más cual menos, de capitán a paje, a ese Pérez Zujovic que no se escondía como otros, lo escondieron ellos mismos, para que la Democracia Cristiana no fuera dañada por las consecuencias de su hombría.

El mantener ésta en alto le había costado a Pérez Zujovic que los comunistas y su murga lo acusaran de "derechista", en momentos en que su partido reiteraba que esa misma Derecha, a la cual Frei debía en cantidad decisiva su triunfo en las urnas, era ahora su enemiga principal.

El espejismo de la Democracia Cristiana, que veía en una alianza con el Partido Comunista la gran fuente para saciar su sed de mantenerse en el poder, fue el peor escollo para que una persona de la calidad de Pérez Zujovic tuviera posibilidad alguna de ser su candidato a la Presidencia de la República. De haberse producido el milagro de una candidatura así, habría sido innecesaria la de Jorge Alessandri, pues no sólo los partidarios de éste, sino él mismo habrían terminado por apoyarla, para atajar una vez más a Allende y salvar así a la democracia chilena.

Pero el engeguedido comportamiento político de la Democracia Cristiana —cuyo inspirador principal fue su candidato presidencial Radomiro Tomic— provocó su desastre. No habría sido de llorarlo si éste no arrastrara al despeñadero a todo el país.

RADOMIRO TOMIC. "CATAPILQUISMO", EL ERROR QUE NO QUIZO COMETER JORGE PRAT

Tomic, la figura más importante de su partido después de Eduardo Frei, había querido en 1964 desplazarlo en su postulación presidencial —dejando en su tentativa señales que aunque leves pudieron ser detectadas periodísticamente por PÉC— mediante el montaje de una convención presidencial conjunta de la Democracia Cristiana y los partidos Comunista y Socialista. De allí esperaba que saliera un candidato común.

Por supuesto, soñaba con que éste fuera él.

Tomic edificaba en el aire sus castillos, esperando y argumentando que "los comunistas tienen que pensar dos veces antes de mantener la candidatura de Allende hasta el final" y que "en muy pocos días más el Partido Comunista va a observar que el FRAP no es, ni mucho menos, el bloque mayoritario; y que si triunfara la Derecha, se fabricaría su propia guillotina"; que "en cambio con la Democracia Cristiana, el Partido Comunista tiene la esperanza de una vida legal" y que "al Partido Comunista lo combatimos con ideas y sin odios". ("Ercilla", 24 de abril, 1963).

En procurar una combinación de su partido con las fuerzas "marxistas", Tomic fue un reincidente obcecado.

Del prelude de la hecatombe, quedará una histórica frase suya, formulada en 1969 a su propio partido: "Sin Unidad Popular no habrá candidatura Tomic".

Hubo Unidad Popular. Pero con Allende. Precisamente la que lo llevó a la victoria.

Hubo también, de todas maneras, "candidatura Tomic", apoyada solamente por la Democracia Cristiana y que para lo único que sirvió —valiente servicio— fue para que perdiera Jorge Alessandri.

En 1958, éste le ganó a Allende la elección presidencial por algo más de 30.000 votos.

Un milagro —llamémoslo así— se cargó a su lado.

Lo produjo un ex sacerdote, Antonio Zamorano, a quien se lo llamaba "el cura de Catapilco" —por haber ejercido en ese pueblo su ministerio sagrado— y que también fue en 1958 un inesperado y curioso candidato presidencial. En un electorado de un poco más de un millón doscientos mil votos,

arrastró tras de sí unos 40.000, de gente muy humilde, que se dejó seducir por su arrebatadora oratoria populista y que de no haberla escuchado, seguramente habría votado por Allende.

Por privar así a éste de los votos con que podría haber derrotado a Alessandri, desde entonces, en la jerga política chilena, se llama "Cura de Catapilco" a ese tipo de candidato que, sin tener esperanza alguna de triunfar, cumple, consciente o inconscientemente, con la sola misión de restarle electores y hacerle de tal manera perder posibilidades a un determinado candidato que, sin la "catapilcada", podría haber sido ganador.

Aunque el sacerdote que dio origen a ese calificativo político fuera posiblemente un santo, y no hubiera tenido intención torcida alguna al presentarse sospechosamente en una lid presidencial, el hecho de ser llamado "cura de Catapilco" se convirtió en motivo de deshonor para cualquier hombre público que estimara su prestigio.

A uno de éstos, desgraciadamente fallecido, Jorge Prat, que intentó seriamente ser candidato presidencial en 1964, PEC le dijo que, si consumaba su propósito, haría una "catapilcada" que perjudicaría a Frei y beneficiaría a Allende. El así interpelado, que pudo haber cometido más de un error político pero que siempre fue un hombre de bien, renunció oportunamente a sus aspiraciones presidenciales. Prat comentaba después que uno de los motivos que le decidieron a desistir de su aventura fue el terror de aparecer haciendo de "cura de Catapilco".

Tomic, en cambio, que con su candidatura presidencial llegó tercero, hizo a favor de Allende y contra Alessandri, de "cura de Catapilco".

De no haber actuado más de una vez en su vida política con una desaprensiva irresponsabilidad, sería cosa de pensar que su "catapilcada" fue planificadamente concebida, porque en la Junta de la Democracia Cristiana que tuvo lugar en mayo de 1969, cuando lanzó su famosa frase "sin Unidad Popular no habrá candidatura Tomic", argumento que si él llegara a ser tan sólo candidato de su partido —como lo fue— haría de "cura de Catapilco multiplicado por 20".

Democratacristianos o simplemente amigos y admiradores de Tomic, que habrían preferido, en todo caso, en la

elección presidencial el triunfo de la democracia y no del comunismo, calman su conciencia por haber cometido el crimen político de mantener hasta el final la adhesión a su candidatura, con la afirmación arbitraria de que, de no participar ésta en la contienda, la mayoría de esos votos habrían favorecido a Allende y no a Alessandri. El mismo Tomic ha suministrado este tranquilizante con declaraciones como la siguiente, que hizo a "El Tiempo" de Bogotá (UPI, Bogotá, 15 de noviembre 1970): "Entre Allende y Alessandri, la gran mayoría de los demócratacristianos y de los 825 mil chilenos que votaron por mí, habrían escogido a Allende y no a Alessandri".

La tácita desmentida a tal afirmación, la encontramos en el juicio de una de las personalidades de la Democracia Cristiana que más se empeñaron en hacer de Tomic su candidato presidencial: Renán Fuentealba. La expuso en palabras que pronunció, en su calidad de presidente del partido, en una reunión en que la directiva de éste trazaba las líneas de su táctica electoral.

Dijo Fuentealba, tal como anteriormente lo citamos:

"Voto que nosotros perdemos, según nuestros antecedentes, no va a dar a comunistas y socialistas, sino a la Derecha. Es nuestra adversaria".

Por este endurecimiento antiderechista, que iba a la par con flaquezas procomunistas, la Democracia Cristiana con la candidatura Tomic —que como decíamos llegó tercera después de hacer una propaganda desmesurada, anunciando que sería la ganadora— mantuvo a su lado votos que si los hubiera perdido, según el propio razonar de Fuentealba, habrían ido a parar a la Derecha, es decir, a la candidatura Alessandri. A éste, en un electorado de más de tres millones de ciudadanos, le faltaron solamente unos 40.000 votos para derrotar a Allende.

Si la mayoría de la gente que se dejó engañar por la irradiación del lucero Tomic, hubiera intuido la posibilidad del triunfo de Allende, habría votado por Alessandri. Lo mismo habrían hecho en el secreto de las urnas militantes de la Democracia Cristiana, y aún mucho más de sus propios dirigentes.

En la elección presidencial de 1964, disputada entre Frei y Allende, al otro candidato, Julio Durán, lo presentaba su partido, el Radical, sólo como un saludo a la bandera. Yo deposité mi voto por éste. La noche en que se confirmó la aplastante victoria de Frei —por lo demás ya esperada— le dije a Durán en su casa, a donde fui a saludarlo: “Voté por ti, como disciplinado militante del radicalismo; pero si no hubiera estado absolutamente seguro de la victoria de Frei, habría votado por él”. Durán me contestó, con su amplia sonrisa: “Yo habría hecho lo mismo”.

Dudamos que tal respuesta pudiera ser la de Tomic, más aún cuando es cosa de preguntarse si por derrotar a Alessandri habría sido o no capaz de depositar su voto por Allende.

UN FONOGRAFO CON UNA VOZ QUE NO LE CORRESPON- DIA. CAMPAÑAS DE LA VERDAD ANTICOMUNISTA Y CAMPAÑA DEL TERROR COMUNISTA

Allá por 1960, cuando dirigía el diario “La Nación”, un periodista norteamericano me solicitó participar en un programa de televisión que se presentaría en su país. Se trataba de un debate político “a tres bandas”: Pablo Neruda, Radomiro Tomic y yo.

Por ser para los comunistas como un leproso, es obvio que Neruda habría rechazado su participación en algo en que yo apareciera. No creo que Tomic se hubiera perdido la oportunidad de hablar, por motivo alguno. Por mi parte, rehusé colaborar en esa aventura periodística.

La batalla sería desigual, más que por el considerable peso intelectual de mis proyectados contrincantes, porque pensé, si bien David pudo derribar a Goliat, difícil le hubiera resultado hacerlo contra dos y al mismo tiempo.

Para explicar ese justificado temor, le conté a mi colega norteamericano que, a raíz de haber sido Radomiro Tomic, en una época, director de un diario de propiedad de Osvaldo de Castro —un fallecido magnate del salitre, que fue siempre blanco de los odios “izquierdistas”— decían de él que era “la voz de Pablo Neruda en el fonógrafo de Osvaldo de Castro”.

Me acuerdo de esa historia, porque lo que yo pude evitar en el frustrado programa de televisión, no podía hacerlo Alessandri, cuando en ese dramático 4 de septiembre de 1970, en que se decidió la suerte de la democracia chilena, tuvo que enfrentarse a dos enemigos unidos en contra suya: Salvador Allende, que era, como el desenlace lo demostró, el más peligroso de sus contrincantes; y Radomiro Tomic, quien, no conforme con jugar el triste papel de "cura de Catapilco", no dejó cometer, consciente o inconscientemente, antes, durante y después de la campaña electoral, ningún error favorable a la victoria del candidato de la Unidad Popular.

Uno, ya algo más que un error, fue ayudar a los comunistas a combatir, con malignidad, una cruzada de divulgación de ciertas verdades sobre lo que le ocurriría al país si ellos triunfaran. Parecida a la propaganda realizada en 1964, cuando Frei se impuso sobre Allende. Este y sus amargados partidarios, además de atribuirle ser la causa principal de su derrota, la denominaron "campaña del terror" o "campaña del miedo".

En 1970 volvieron a la misma alharaca.

Perdóneseme que, si lo he hecho antes, cité de nuevo el aborregado vocero comunista Eduardo Labarca. Aunque su persona o lo que escribió carezcan de valor intrínseco o de actualidad, de todas maneras, por habersele clasificado "periodista" del comunismo chileno, lo que como tal haya producido, sea verdad casual o mentira premeditada, para los propósitos de este libro tiene importancia documental y serán siempre como las pruebas de un delito.

En su libro "Chile al Rojo", dijo sobre la "campaña del terror" (pág. 302):

"Se inició el lunes primero de junio de 1970.

"Cayó como rayo y como un masazo. Ante ella cualquiera se sentía como un niño enfrentado a un gigante armado de un garrote.

"Era demasiado, imposible haberlo imaginado, quizás ya no habría nada que hacer...

"En el primer instante, en la izquierda, algunos se paralogizaron.

"El primer síntoma de lo que venía fue un aviso de un cuarto de página aparecido en el matutino "El Mercurio".

Mostraba un arreglo fotográfico con el Palacio de la Moneda al fondo y ante su puerta un tanque soviético con la hoz y el martillo y la inscripción característica: ¡CCCP! La leyenda proclamaba: ¡En Checoslovaquia tampoco pensaba que esto sucedería... Pero los ataques soviéticos se llegaron en la primera oportunidad que se les presentó. Un gobierno títere del comunismo abrirá las puertas de Chile a estos tanques que aplastarán definitivamente lo más sagrado que tenemos: "la libertad! Firmaba: "Chile Joven!

"El país había conocido ya una campaña del terror en 1964 en apoyo a la candidatura de Eduardo Frei. Pero al lado de la campaña del terror de 1970, aquella aparecía en el recuerdo como el simple trabajo de un grupo de aficionados".

Si al expresar que los de 1970 no eran "aficionados" Eduardo Labarca pretendía con ello atribuirles profesionalismo de la falsedad, comparados con él, habrían sido, en todo caso, neófitos. En este terreno, muy pocos podían hacerle competencia, motivo por el cual llegó a prosperar en un diario como "El Siglo", donde el talento y la honestidad periodística están de más. Cuando se presentaba en un aviso a un tanque soviético pasando frente a la Moneda, no se mentía. En el peor de los casos, sólo se echaba a volar la imaginación, para presentar en forma gráfica la perspectiva de un Chile que, si triunfaban los comunistas, podría perder su soberanía, como le ocurrió a Checoslovaquia. Pero en cambio, Eduardo Labarca —pronto para ver la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio— en otro mamotreto que publicó meses antes —"Chile invadido"— daba por hecho que nuestro país estaba repleto si no de tanques, en este caso norteamericanos, de agentes de la CIA. Muchos chilenos fueron por él calumniados de serlo. Hasta demócratacristianos con los cuales los comunistas en la campaña presidencial del 70 solían comer en un mismo plato, sufrieron igual acusación. Si mal no recuerdo, hasta Tomic, que, en todo caso, si no apareció en "Chile invadido", fue maltratado frecuentemente por Labarca en su columna de "El Siglo", con imputaciones semejantes.

Y ésta, ¿no era campaña del terror? ¿O a los comunistas tales infundios, con sus respectivas difamaciones, les parecían cuentos de hadas?

En todas las luchas políticas, a través de los tiempos y en los más diversos países, los contrincantes se han combatido con cierta dosis de terror propagandístico.

¿No significa provocarlo —con mayor o menor intensidad, con verdades o mentiras— que de un lado se anuncie que el triunfo del contrario significará caos o hambre o desempleo o corrupción o guerra o tiranía o inflación, si no todas las calamidades juntas?

Los comunistas chilenos, que tantas lágrimas han derramado, y a veces justificadas, por las “campañas de terror” con que se los ha combatido, las han realizado por su parte permanentemente, durante el medio siglo de su existencia partidaria, para destruir la democracia de nuestro país. Y las han llevado a cabo con el sello totalitario —usado tanto por fascistas como por comunistas— con que se distingue una mercadería en que se mezclan algunas veracidades con muchos embustes.

Un político criollo de los viejos tiempos, que había perdido su postulación a senador en una importante elección efectuada en una provincia sureña, donde creía segura su victoria, al regresar a la capital, les contestó a los periodistas que lo esperaban para preguntarle cuáles habían sido las causas de su derrota:

—Una sola: mi adversario obtuvo más votos.

No fue, por supuesto, la explicación de Allende cuando Frel en 1964 le ganó limpiamente la Presidencia de la República.

El y sus partidarios tenían que buscar motivos en acciones tenebrosas.

Desde entonces, no dejaron de verraquear por esa “campaña del terror” que habría sido, según ellos, la razón de su tercer desastre.

DC Y PC, UNIDOS POR LA MENTIRA

El 70, los comunistas, ante el temor de que éste se repitiera con una ofensiva propagandística similar, presionaron a la Democracia Cristiana y principalmente a su candidato presidencial, Radomiro Tomić, para que los ayudara a combatirla.

“El Siglo”, en su edición del 14 de julio de 1970, los conminó con las siguientes palabras, escritas precisamente en la columna del dicho Labarca:

“Mañana, la Cámara de Diputados deberá pronunciarse sobre la moción del parlamentario demócratacristiano, Luis Maira Aguirre, para que se designe una Comisión Investigadora que desentrañe los orígenes de la campaña del terror. La iniciativa tiene el apoyo de todos los parlamentarios de la Unidad Popular”.

En vista de que eran necesarios los votos demócratacristianos para que se aprobara la iniciativa de Maira —y no era muy seguro conseguirlos—, Labarca presionó con el siguiente comentario, del más típico corte comunista: “El candidato Tomic y el influyente diputado demócratacristiano Bernardo Leighton han fustigado la campaña del terror. Ni Tomic ni Leighton objetaron en 1964 la campaña terrorífica que facilitó el triunfo de su candidato Eduardo Frei, pero hoy día se verán forzados a hacerlo porque comprenden que cualquiera vinculación con la actual campaña, sólo podría acarrearles impopularidad”. (El subrayado es nuestro).

Entre los demócratacristianos a veces cándidos y otras lo contrario, pero siempre arrogantes, un amenazante anuncio de “impopularidad” causaba espanto. Sobre todo en el comando de Tomic, que prácticamente dirigía el partido. Por lo tanto a sus diputados se les ordenó votar disciplinadamente por la Comisión Investigadora. Así la designación de ésta se impuso.

“La Nación”, que de diario del Gobierno de Frei, pasó a serlo prácticamente de su partido, en la edición del 23 de junio de 1970 traía una información intitulada: “Tomic y su comando desbaratan estrategia del terror que está jugando la Derecha”.

En uno de sus párrafos decía lo siguiente:

“Hace pocas semanas y dando la voz oficial del alessandrismo, en el semanario PEC se inició la etapa de presentar a su candidato como la única alternativa democrática contra Allende, al que cargan todos los defectos de los sistemas socialistas, proyectando los errores históricos del stalinismo y de las invasiones a Hungría y Checoslovaquia”. (El subrayado es nuestro).

¡Pobre Allende, tan injustos que eran con él, como para que “La Nación”, en manos demócratacristianas, necesitara salir en su defensa.

Pero lo cierto es que al candidato de la Unidad Popular no le habíamos “cargado” ni más ni menos que lo que por su cuenta le echara encima, mucho antes, el eminente demócratacristiano Jaime Castillo, cuando siendo presidente de su partido polemizó con los correligionarios de aquél, los senadores Raúl Amuero y Carlos Altamirano y les dijo (“La Nación”, 22 de febrero de 1965): “El día que ustedes dejen sus alianzas con los mismos hombres que durante años y años aceptaron esos crímenes, que ustedes olvidan o acatan en silencio, verán que ninguna campaña del miedo los troncha, como si fueran de paja”. Los crímenes a que aludía Castillo —y que “La Nación”, delicadamente, para no herir la sensibilidad comunista los llamaba “errores históricos del stalinismo”— eran los campos de concentración de Rusia y Hungría y el Muro de Berlín. No mencionó el de Checoslovaquia, porque allí la invasión fue posterior. Los comunistas, por haber cometido esos crímenes y sacando provecho de la alianza con Allende, “bien podían hacer cosas parecidas en Chile”, dijo Jaime Castillo.

Por recoger en 1970 la misma “campaña del terror” que éste había hecho inteligentemente en 1964 —cuando a la Democracia Cristiana le interesaba que se realizara para el triunfo de Eduardo Frei— PEC mereció, como hemos visto, la reprimenda de “La Nación”, a la cual se agregó, en el párrafo central de la crónica en que venía, lo siguiente: “Tomic, ante las cámaras de TV, denunció la campaña del terror desatada por la Derecha comprometiendo todos los esfuerzos propios y de sus partidarios para impedir los nocivos efectos de esta inmoral estrategia derechista”. **(El subrayado es nuestro).**

Con este espaldarazo, la Comisión Investigadora de la “campaña del terror” desarrolló sus actividades, de las cuales debe estar hoy contrito y avergonzado más de un demócratacristiano, por haberse dejado arrastrar al juego del Partido Comunista.

Presidente de la Comisión fue designado “el influyente” Bernardo Leighton y de voz cantante en sus reuniones hizo Luis Maira, el mismo que había propuesto su formación.

En vista de que era muy poco, o mejor dicho nada, lo que esa Comisión podría investigar, los comunistas, para salvarla e inflar su valor propagandístico, planearon y realizaron un golpe audaz: un asalto a la agencia publicitaria "Andalién", a cargo de la cual estaba la materialización técnica de su odiada "campana del terror".

El delirante autor de "Chile al Rojo", con cinismo que no se habría atrevido a ostentar antes de que Allende llegara a la Moneda, contó con pelos y señales la hazaña de sus compañeros (pág. 310):

"El asalto a la Agencia "Andalién" fue cuidadosamente preparado como operación comando y tuvo éxito al segundo intento.

"Tomaron parte veinte jóvenes comunistas que se distribuyeron en sitios estratégicos predeterminados: veredas, puerta central del edificio, escaleras y ascensores, los cuales debían quedar paralizados durante la operación.

"Los cinco jóvenes que penetraron a las oficinas pusieron manos arriba a las seis personas que estaban allí —2 secretarias, 2 mozos, 2 empleados y el gerente Salvador Fernández—, arrancaron los cuatro teléfonos y recogieron velozmente toda la documentación que hallaron a mano.

"Pero en materia de documentos sólo aparecieron 3 ó 4 papeles.

"Sin embargo, en el momento de la retirada, uno de los jóvenes descubrió en un escritorio un maletín negro, tipo James Bond y en el último instante decidió llevarlo.

"Sin saberlo, había dado con toda la documentación de la campana del terror".

Un maleante muy conocido, que se dedica al "periodismo", y un compinche suyo que le hace de lugarteniente, pusieron ese botín en manos de la Comisión Investigadora, con el cuento de que alguien lo había dejado en forma anónima en el tabloide que ellos dirigían.

Al igual que este pasquín, toda la prensa allendista desparramó sus tintas para divulgar de manera sensacionalista los "descubrimientos" hechos en "Andalién". Con cierto sacrificio de sus ganancias, le dedicaron los mismos titulares que, para vender más ejemplares, empleaban en sus informaciones sobre crímenes y perversiones sexuales.

Fue para lo único que sus ladrones le sirvieron, por mucho que al diputado Luis Maira, entonces demócratacristiano —hoy está en la Unidad Popular—, el diario “La Nación” (29 de julio, 1970) le recogiera la siguiente declaración: “Estamos altamente satisfechos de los resultados conseguidos hasta ahora por la Comisión y especialmente después del aporte de antecedentes recogidos a través de los periodistas Gómez López y Lira (los depositarios del robo de “Andalién”), porque de esta manera se estaría probando una serie de tenebrosas vinculaciones contra la campaña del terror y la candidatura de Jorge Alessandri”.

Una de las “tenebrosas vinculaciones” sería, cómo se afirmó al principio, la de PEC, que aparecería recibiendo la suma de ¡15.000 escudos!, que en esa época significarían unos 250 dólares del mercado negro. La plancha que la jauría sensacionalista se tiró con esta acusación fue como para aplastarla. PEC no figuraba para nada en los papeles de “Andalién”. La Comisión Investigadora no pudo menos que aceptar el error: en vez de PEC aparecía PEG, con lo que se indicaba de manera abreviada la tarea de pegar cartelones y otra clase de propaganda.

Lo que más interesaba a los investigadores de la “campaña del terror” era comprobar recursos extranjeros en su financiamiento.

Como les fue bastante mal en tal búsqueda, inventaron una fábula, de la que, inconscientemente, dejó constancia el inefable Labarca, en la pág. 315 de su libro:

“El 20 de julio de 1970, la Agencia “Andalién” recibió 600 mil escudos de alguien que en su contabilidad figuraba con el nombre de Charly. ¿Quién era? Fue imposible averiguarlo. Pero por constituir ese el mayor aporte individual y el único registrado en forma anónima, a nadie cupieron dudas de que provenía de la Compañía norteamericana del Cobre Anaconda”. (El subrayado es nuestro).

¡Valiente prueba acusatoria, digna de ser esgrimida en un tribunal de justicia soviético!

Lo curioso es que, después de la historia del misterioso Charly, el mismo Labarca, junto con decir que la “lista de financistas de la campaña del terror resultaba impresionante”, agrega (pág. 315): “La Anaconda se hallaba registrada con

su propio nombre en dos aportes, uno de 23.458 escudos y otro por 35.596,80", fuera de que "figuraban también los dos Bancos norteamericanos, con sucursales en Chile: el Bank of America y el First National City Bank".

En vista de que así, la lista de financistas de origen extranjero de la "campana del terror" no resultaba todavía en absoluto "impresionante", Labarca, para ayudarse, agregó: "Los documentos mencionaban el nombre de Paul Harthon, alto funcionario de la Anaconda Company, con once viajes a Argentina en los meses precedentes".

Sobre esta materia, en "Chile al Rojo", no hay una palabra más ni menos.

No tengo a la mano el informe oficial de la Comisión Investigadora, por lo cual hay que atenerse a lo que sobre sus conclusiones dice Eduardo Labarca, quien debería estar más interesado en abultarlas que en darles sus justas proporciones.

En sus afirmaciones tienen que llamar la atención los siguientes puntos:

1. Que si tras un tal Charly se ocultaba la Anaconda, ¿a título de qué iba a aparecer ésta con su propio nombre, con asientos contables de sumas que no eran de escudos completos, sino acompañados de sus centavos y a la vez de montos tan insignificantes? Las dos juntas, en escudos, no hacían más de tres mil dólares. Perfectamente podrían ser pagos debidamente facturados por Andalién por servicios de propaganda prestados a la Anaconda, cuya existencia era de conocimiento público y nada tenían que hacer con la "campana del terror";

2. Si figuran el Bank of America y el National City Bank, ¿por qué no se indican en las anotaciones las sumas con que habrían contribuido a la "campana del terror"? El solo hecho de que estén allí sus nombres, no significa necesariamente que contribuyeran con dinero y, de ser así, que fueran éstos destinados a la "campana del terror".

3. Supongamos como verídico que el señor Paul Harthon fuera un funcionario de la Anaconda y que se le hubieran registrado once viajes a Argentina "en los meses precedentes" (sin que se indique cuántos meses). ¿Qué importancia tendría este hallazgo? Ninguno, al no especificarse a ciencia cierta el motivo de esos viajes.

Ni las "pruebas" en que se basaban muchas acusaciones del senador MacCarthy en su campaña contra el comunismo norteamericano, fueron tan febles como las que sobre las contribuciones económicas extranjeras exhibió la Comisión Investigadora de la Campaña del Terror y de las que, porque le calzaban a su partido, hizo Eduardo Labarca de ecoico divulgador.

No se pretende con esta argumentación negar la posibilidad de que empresas extranjeras privadas, especialmente norteamericanas, hayan contribuido económicamente para una acción anticomunista en Chile. Pero del lado de los comunistas se necesitaba una gran dosis de cinismo y del de los demócratacristianos de fariseísmo al poner por ello los ojos en blanco, porque en el primer caso se sabe de las ayudas económicas del Gobierno soviético (no de empresas privadas, inexistentes en la URSS) y en el otro, de las provenientes de partidos hermanos extranjeros y de algunos sectores de la Iglesia, como el muy concreto de los obispos alemanes.

Pero si el tiempo no es siempre el mejor amigo de la verdad, por lo menos es el peor enemigo de los fabricantes de mentiras. Más tarde o más temprano los pone al descubierto y con mayor razón si éstos llegaron a tener cómplices. A menudo se produce en tal caso una ruptura y no falta alguno que se sienta engañado y que sincera aunque tardíamente se arrepienta.

Precisamente eso fue lo ocurrido entre Luis Maíra y Bernardo Leighton, cuando éste último, como Presidente de la Comisión Investigadora de la Campaña del Terror, con el saldo que le quedaba de su autoridad moral —bastante flexible, pero que servían para el caso—, tapó las iniquidades que ahí ocurrían.

LOS LLORIQUEOS DE BERNARDO LEIGHTON

"No sé si tengo pena o indignación", fue la frase que le atribuyó la prensa chilena a Bernardo Leighton el 16 de enero de 1971, al condenar a Luis Maíra porque éste, en una elección complementaria para senador, consecuente con su abjuración de la Democracia Cristiana, apoyó, contra el candidato del que había sido su partido, a uno de la Unidad

Popular. En esa oportunidad, Maira pronunció discursos denigrantes para el Gobierno de Frei y su propia persona, a quienes él hasta hacía poco había defendido y de quienes había profitado.

“¡Yo que dí con él tantas luchas juntos, arriesgando con ello mi nombre y mi prestigio!”, agregó Leighton en su desahogo.

Esas luchas conjuntas que recordaba seguramente no eran aquellas que libran permanentemente camaradas de un mismo partido. Lo que sin duda alguna lo llevaba a su golpe de pecho, fue la colaboración que le prestó Maira en esa Comisión Investigadora de la campaña de las verdades que se difundían para alertar al país de lo que con una victoria comunista le esperaba. Leighton arriesgó allí algo más que su nombre y su prestigio: el futuro de la democracia chilena.

Pero Luis Maira había cometido otras hazañas. El joven tiene un precoz historial.

Recordaremos una, por su relación con este capítulo.

El 31 de agosto de 1970, en el tabloide “Clarín”, cuyo ayo era compartido por la coyunda Allenda - Tomic y donde él tenía un espacio que usaba con el seudónimo Castor —muy apropiado, por lo demás, ya que poco tiempo después demostró que no sólo era un rodeador de la democracia chilena, sino también de su propio partido— escribió lo siguiente:

“Ahora la pelea queda reducida a Tomic y Allende... en las próximas horas Santiago decidirá quién será el próximo Presidente de Chile. En las calles se anticipará la elección del día 4. Tanto, que resultaría conveniente que la medición de fuerzas se hiciera en el mismo sitio, trasladándose Tomic a la Plaza Italia, al mismo lugar en que Allende hará su proclamación final”.

Las manifestaciones públicas, en las campañas políticas, sirven para divulgar programas, atacar a los contrincantes o realizar otras formas de propaganda, entre ellas, incluso, la de impresionar a amigos y enemigos con la cantidad de gente que se congrega. Sus éxitos o fracasos pueden ser electoralmente muy decisivos. Pero que el diputado Maira las propusiera para “medir fuerzas entre Tomic y Allende, a pocas horas de los comicios —en que no a tontas y a locas, sino por

los votos de las urnas, sabría el país a qué atenerse— resultaba, siendo suya la idea, más que extraña, sospechosa.

¿Qué había tras esa iniciativa?

Para que no se estime que andamos en busca de gatos encerrados, nos basta reproducir lo que Eduardo Labarca dijo en su libro (pág. 375), con el desparpajo que permitía el hecho de que en el drama chileno ya se hubiera alzado la cortina:

“Finalmente cerró Tomic su campaña electoral.

“Su comando decidió efectuar el mitin final en el mismo sitio elegido por la Unidad Popular (tal como lo había propuesto Luis Maira) para lo cual la izquierda le cedió su propio escenario. La Democracia Cristiana intentaba demostrar al electorado que la definición sería entre Allende y Tomic... La amplia y hábil publicidad tomicista logró dar la imagen de un mitin gigantesco. La Unidad Popular afirmaba haber reunido 800 mil personas. El PDC se atribuía un millón. Con ello, el efecto de la exitosa concentración de Jorge Alessandri se veía desvirtuado y surgía nuevamente la duda entre muchos electores: **¿Por quién votar para atajar a Allende-**”. (El subrayado es nuestro).

Pero si la “izquierda”, es decir la Unidad Popular, “le cedió su propio escenario” a Tomic, ¿por qué no podía cederle también manifestantes? El “alessandrismo” denunció que tal cosa habría ocurrido y ello era muy posible. El Partido Comunista, gracias a su disciplina y valiéndose de los canales de su maquinaria celular, estaba en situación de pasarle la voz a su militancia y por intermedio de ésta a sus simpatizantes —que no tienen carnets pero siguen sus instrucciones— para que concurrieran al acto masivo de Tomic. A este “catapilco” había que inflarlo —como se proponía Maira y sus compinches de la Unidad Popular— para que ante la pregunta que muchos se hacían, como lo señalaba Labarca, “¿por quién votar para atajar a Allende?”, no lo hicieran por Alessandri (quien, a corta distancia de éste llegó segundo), sino por Tomic, que muy lejos, fue tercero.

PACTO SECRETO TOMIC - ALLENDE

Tomic, fuera de ayudarle “catapilcamente” hizo con Allende un pacto secreto por el cual, unidos, acorralarían a

Alessandri si ninguno de los tres candidatos obtenía en las urnas la mayoría absoluta. En tal caso, entre los dos que consiguieran las más altas cantidades de votos, tendría que pronunciarse el Congreso Nacional en sesión plena de sus senadores y diputados. Y como en esas circunstancias predominaría la combinación de congresales "tomicistas" y "allendistas", ocurriría: 1. Que Alessandri no sería designado Presidente de la República aunque en las urnas hubiera alcanzado la primera mayoría relativa; 2. Que Allende habría obtenido esa designación, aunque hubiera llegado segundo; y 3. Que Tomic, de todas maneras, en buen romance le hacía el juego a Allende, porque se previó, se anunció y así lo demostraron los resultados definitivos, que él no podría ser sino tercero en el favor electoral de la ciudadanía.

El pacto secreto Tomic - Allende —que significó una cuchillada en la espalda a la democracia chilena— fue denunciado por primera vez, con pelos y señales, por PEC, en su edición del 2 de octubre de 1970.

Tomic estimó necesario desmentir públicamente su existencia —después de haberlo hecho en forma teatralmente airada en el seno de su indignado partido— en una declaración que apareció en la prensa el 14 del mismo mes.

Como no le era fácil negar sus componendas, pues éstas ya eran evidentes para todo el mundo, dijo, con su habitual estilo escurridizo, que el pacto no era un pacto, sino una "aclaración de intenciones".

¡Vaya intenciones!

De sus resultados estuvieron tan satisfechos los comunistas, que su vocero Labarca, confirmó en su "Chile al Rojo" la existencia de ese pacto secreto, al que él mismo calificó así (pág. 363) y cuyo contenido divulgó, punto por punto, casi con las mismas palabras que antes lo había hecho PEC.

Con estas revelaciones ya no podía hablarse de falsedades fabricadas por la CIA o fábulas parecidas. tratándose de Labarca, las falsedades, en todo caso, tendrían la marca de la KGB.

Allende, por supuesto, se vio obligado a salirle al paso a "su estimado amigo y compañero".

En una carta que apareció en la prensa el 8 de mayo de 1971, le dijo a Labarca: "El respeto que para mí me me-

rece Radomiro Tomic, su alta significación dentro del Partido Demócrata Cristiano y el tributo que se debe a la verdad, me lleva a precisar públicamente que jamás hubo un compromiso como el que usted alude y, por el contrario, tanto Radomiro Tomic como yo, lo hemos desmentido en diversas oportunidades, cuando con intención política se ha pretendido falsear los hechos”.

Pero que hubo pacto, lo hubo, pese a que Allende —en el tono pomposo que para casos como éste lo acompañó en toda su vida política— intentara negarlo.

Si para contradecirlo no fuera suficiente que Tomic hubiera hablado sibilínamente de “aclaración de intenciones”, además de las “revelaciones” de Labarca, hubo otras indiscreciones más, anteriormente.

Tenemos una a mano, después de la cual no es necesario argüir más sobre la materia.

A unos cuatro meses —mayo de 1970— de la elección presidencial, la Cámara de Diputados debía elegir su nueva Mesa. Esta la obtuvo la Unidad Popular por una maniobra en la que participaron los diputados demócratacristianos. El subjefe de éstos, Osvaldo Giannini, ante los comentarios desfavorables que provocó el comportamiento de la bancada que dirigía, el 14 de mayo de 1970, sin ambages le declaró a la prensa —por la boca muere el pez— que tal posición “se había tomado respetando una petición de Radomiro Tomic, en el sentido de propiciar un acercamiento cada día mayor hacia la izquierda, **con miras a un entendimiento en el Congreso Pleno que deberá decidir entre las dos más altas mayorías**”. (El subrayado es nuestro).

Es decir, si entonces no existía aún el pacto con Allende Tomic de todas maneras lo planeaba, con el nombre de “aclaración de intenciones” o de “entendimiento” (según las propias palabras de Giannini) o cualquier otra clase de disfraz.

Así, Radomiro Tomic, por una de esas malas jugadas del destino y probablemente sin quererlo —pues en los extraños fenómenos de su cabeza planearía otros resultados— fue, como en la historia en que se lo mencionaba con Pablo Neruda y Osvaldo de Castro, no ya la voz sino el instrumento comunista en la palanca demócratacristiana.

¿Lo haría por ser uno de los “pececitos rojos en agua bendita”, como se ha llamado a los demócratacristianos? La frase es muy graciosa, pero no del todo justa ni aún en el caso de Tomic, cuyas escamas aparecen más coloradas que las de sus otros camaradas del acuario.

¿Sería un “agente soviético”? Este tipo de superficialidad o de infamia se lo dejamos a los comunistas, los que por su parte, y para no perder la costumbre, mientras lo rechazaban como candidato presidencial, hasta que lo necesitaron para que apoyara la victoria de Allende, lo acusaron —no por otros antecedentes que los de representar al Gobierno de Frei en los Estados Unidos y haber participado, a medias y muy en contra su voluntad, “en las negociaciones del cobre” —de ser un “agente del imperialismo norteamericano”.

“CASO” TOMIC: ENTRE EL SONAMBULISMO Y LA ALTERACION MENTAL

Para explicarnos el “caso” Tomic preferimos interpretaciones no sólo más decorosas, sino también más profundas o por lo menos más inteligentes.

Podría ser una que tenemos a la mano.

Corresponde a uno de los tantos artículos que sobre la Democracia Cristiana y sus hombres en general y Tomic en particular, escribió Jorge Rogers Sotomayor. Este es un experto en la materia, pues fue uno de los miembros fundadores, parlamentario y dirigente de esa Falange Nacional que después se transformó en Democracia Cristiana. De colaborador accidental en algunas publicaciones, con el seudónimo “El último falangista” —situación que él con o sin razón se atribuía después de haber sido separado de sus filas, las que hasta hoy ahora— se transformó, con su nombre y apellido, en un columnista de PEC.

He aquí algunos brochazos de Rogers sobre Tomic, en un artículo que apareció allí (13 de abril, 1969), con el título de “El gran sonámbulo”:

“Tomic no es un demagogo ni un ambicioso. Es un sonámbulo. El gran sonámbulo de la política chilena”.

“Sus demasías no quedan fuera de la moral, sino de la realidad. No es lo mismo ser un estratega político que un poeta épico. Tomic es mucho más lo segundo que lo primero.

“Tiene una tan desbordante e irresistible capacidad de imaginar (con la que se arrastra a sí mismo, arrastra a otros y ha arrastrado a veces con el que esto escribe), que se forja una realidad que nada tiene que ver con la realidad misma”.

Otro colaborador de PEC, el recientemente fallecido Dr. Alberto Spikin-Howard, que además de musicólogo, escritor y periodista fue médico psiquiatra, al diagnosticar para sus páginas el fenómeno Tomic, no fue tan benigno como Jorge Rogers ni tan cruel como algunos facultativos de esa Unión Soviética de la que don Radomiro Tomic regresó maravillado. Allá, algunos médicos que colaboran con la Policía Secreta en la persecución de la “inteligentzia” rusa por su libertad, hicieron víctima de muchas de sus siniestras hazañas al sabio genetista Sherés Medvedev, a quien, además de mantener encerrado en un manicomio y aplicarle las peores torturas morales, le atribuyeron sufrir de “esquizofrenia incipiente acompañada de paradoncias tendientes a reformar la sociedad”.

Spikin-Howard no aceptó la casi amistosa teoría de Jorge Rogers de que Tomic padecía políticamente de “sonambulismo”, ya que tal enfermedad según él, es sólo “una moderada psicopatía en que el paciente no recuerda los actos realizados en ese estado onírico”. En todo caso lo más lejos a que llegó en su análisis fue usar, como lo leeremos en seguida, el humor en vez de la infamia soviética:

“Quizá el mal que aqueja al distinguido ex Embajador en Washington sea más profundo y la enfermedad más grave. La constante confusión de la realidad con los fantasmas de su cerebro haría pensar más bien en una alteración mental semejante a la sufrida por Don Quijote cuando confundía los molinos de viento con los gigantes y a los borregos con un ejército enemigo. Al Caballero de la Triste Figura se le secó el seso de tanto leer libros de caballería o según las palabras de Cervantes: ‘Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de modo que vino a perder el juicio y él mismo llegó a creerse un Caballero Andante’. Otro tanto pudo haberle ocurrido a don Radomiro Tomic con la lectura

de Maritain, que lo ha llevado por los extraños vericutos mentales de su "cerebro" a descubrir su vocación innata de estar constantemente desfaciendo entuertos imaginarios. Es con frecuencia el transtorno de la visión de los que tienen, en vez de un conocimiento empírico de la realidad uno que conforme a sus esquemas apriorísticos, que sólo existen en su mentalidad o en otras palabras, un tipo de idealismo que pretende imponer a la realidad sus normas y valores". (PEC, 2 de mayo de 1969).

A este análisis de Spikln-Howard habría que hacerle dos salvedades:

Una, que Tomic, en su vida privada, sobre todo para administrar sus negocios, que siempre fueron muy prósperos, no incurría en sandeces quijotescas sino en sanchismos muy prácticos, como se demostró documentalmente en PEC. Y otra, que de habersele secado el "cerebro" hubiera sido de mucho hablar más que de "tanto leer".

UNA FLAUTA FATAL

El hablar adquirió en don Radomiro Tomic tales proporciones que el humor de la picaresca política, durante la campaña electoral, le cambió su nombre por el de Blablamiro.

En verdad, su problema residía no sólo en que hablara mucho, sino en la imposibilidad de callar, sobre todo cuando le era conveniente hacerlo.

Su propia elocuencia lo embriagaba y en tal magnitud, que al día siguiente ni siquiera se acordaba de lo que había dicho.

Esta inclinación, por lo menos en los últimos tiempos, hizo de él el político chileno que con mayor frecuencia haya tenido que desmentir o rectificar lo que, en sus incontrolados arranques, manifestaba en la tribuna o declaraba a la prensa.

Uno de estos desentidos adquirió contornos risibles.

Cuando ya nadie se acordaba de una comentada frase suya —"tendremos Gobierno democratacristiano para 30 años"— pronunciada en plena euforia de la victoria de Frei (1964), y que el tiempo se había encargado de sepultar, Tomic, en su

necesidad de parlotear, no pudo dejar de revivirla, con desafiantes comentarios.

En una conferencia de prensa, se mostró sorprendido de que nadie lo hubiera allí interpelado, increpándose él mismo de esta manera:

“Señor Tomic, usted dijo que la Democracia Cristiana iba a gobernar durante treinta años. ¿Qué piensa ahora?”.

Ante las risas de los presentes —cuenta uno de los diarios que reprodujo esa acotación de Tomic (“La Segunda”, 14 de julio, 1969)— él se respondió a sí mismo:

“Pago un millón de pesos al que demuestre que yo alguna vez dije eso”.

Un periodista y comentarista radial, Germán Gamonal, desde su micrófono le contestó un día después:

“Espero que el señor Tomic pague el millón de pesos que apostó ayer, porque en nuestro poder tenemos la cinta magnética con su voz, en la que afirma que la Democracia Cristiana entra por 30 años a la Moneda”.

Una vez más se equivocó Tomic y en este caso, no sólo por su afán de hablar por hablar, sino también por la seguridad que tenía de que sus auditores o no eran tan inteligentes como él o padecían de amnesia.

El periodista Gamonal, ante la carcajada de todo Chile, cobró el millón de esos —que distribuyó golosa y generosamente— pues encontró en los archivos de su emisora, Radio Portales, las grabadas palabras del desafiante Tomic.

Es que “el que mucho habla non se puede guardar que no yerre”, decía don Alfonso el Sabio.

Es cierto que a algunos políticos les ha ido muy bien con su oratoria.

“Denme un balcón para hablarle a las multitudes y seré de nuevo Presidente”, le atribuían haber dicho al tantas veces ex gobernante ecuatoriano Velasco Ibarra, por la justificada fe que tenía en el poder de su elocuencia.

No tuvo la misma suerte Radomiro Tomic. La suya lo hundió, cosa que no sería de lamentar por su persona, sino por el mal que le hizo al país, la confianza en el hipnotismo de su palabrería de que él estaba poseído.

Creía que con ella podría conseguir a los comunistas para una Unidad Popular de la cual sería su candidato; e in-

sistía en eso, a pesar de que los “compañeros”, que tenían otras miras políticas, le repetían una y otra vez, para sacárselo de encima, la frase que acuñó su jefe, Corvalán Lepe: “Con Tomic ni a misa”.

Como si esto fuera poco, el vocero comunista “El Siglo” con ironía sangrienta, en su edición del 28 de agosto de 1969, le dedicó un artículo en que desde el título lo llamaban “El encantador de serpientes”.

Se lo merecía.

Tomic confiaba en que con su flauta demagógica, de populismo anticapitalista y con uno que otro sonido discorde —que de vez en cuando emitía como quien no quiere hacerlo, para reprobar al Gobierno de su propio partido— podría llegar a septiembre de 1970 como candidato presidencial de la Unidad Popular, aunque para este juego el Partido Comunista tuviera ya sus dados cargados (como en 1952, 1958 y 1964) a favor de Salvador Allende.

Pero Tomic no tenía remedio. En su cabeza que al decir de Jorge Rogers forjaba “una realidad que nada tiene que hacer con la realidad misma”, seguía lucubrando, como lo afirmó en 1963, que “los comunistas tienen que pensar dos veces antes de mantener la candidatura de Allende hasta el final”.

“El encantador de serpientes” —que para atraer a los moscovistas llegó prácticamente hasta mejorar su ofrecimiento de un “combate de ideas y sin odios” por una paz sin ideal y con muchos galanteos— terminó siendo embelesado por el gran culebrón de la política chilena: el Partido Comunista.

Así, gracias considerablemente a la flauta de Radomiro Tomic, llegó al Gobierno Salvador Allende.

DEMOCRACIA CRISTIANA, LA GRAN CULPABLE

La Democracia Cristiana, por haberle permitido soplarla —después que ella misma le había arrancado, con fatales resultados, algunos sonidos— es la gran culpable del desastre de septiembre de 1970.

Y de sus posteriores consecuencias.

Reconocerlo seriamente, por muy dramático que ello le resulte —para lo cual tendría que dejar de lado la arrogancia

que tanto la ha engegucido—, podría permitirle reparar el mal que le hizo el país.

En la democracia caben, más o menos desencadenadas, todas las tonalidades, divisiones y mudanzas que surjan y se anhelan dentro de la diversidad política e ideológica.

En el comunismo —como ya se ha alcanzado a vislumbrar en Chile, sin necesidad de mirar a otras partes— existe sólo la unidad de los empuñados en una misma mano dictatorial, y la estagnación, que sería eterna, si es que a la corriente de la historia la pudieran detener las dictaduras.

UN PARTIDO TRAICIONADO QUE TRAICIONA AL PAIS

HAY UN tema que para la Democracia Cristiana fue siempre ingrato: la lucha fraccional en sus filas.

Especialmente al comienzo de su Gobierno, sólo tocarlo era como ponerle el dedo en la llaga. En esa época algunos de sus voceros llegaron hasta considerar como forma de sedición política dudar siquiera que la Democracia Cristiana no fuera un monolito.

Se estimaba que, guardando las apariencias, se mantendría la pureza doctrinaria y la cohesión de sus fieles y que cerrando los ojos y tapándose los oídos no le perjudicaría el trabajo comunista en su interior, aunque éste no era ya de zapa sino abierto, en plena superficie. Denunciar desde afuera esta actividad era difundir “cuentos de brujas”, caer en el “macartismo”, hacerle el juego a la “derecha”.

Los personeros de la Democracia Cristiana podían entonces afirmar y pueden repetirlo ahora —pese a las deserciones habidas en sus rangos— que el grueso de su militancia se ha mantenido unido y leal a su causa.

Así es. Con ello ni se equivocan ni faltan a la verdad, pues la joven Democracia Cristiana —joven pese a los achaques que le dejaron seis años de un Gobierno más o menos frustrado— no ha tenido el mismo triste destino del Partido Radical, a quien el moscovismo le chupó la sangre y le carcomió los huesos.

Desde luego, a esas alturas de su existencia —y con más razón dada la actual situación chilena— ya no cabe hablar

más de "oficialistas", "rebeldes" y "terceristas". Estos constituían precisamente las fracciones de la Democracia Cristiana, cuya existencia por un tiempo se trató de ocultar e incluso negar, hasta que afloraron a la vida pública con sus nombres, sus personeros y sus respectivas posiciones políticas.

La "oficialista" —que como su nombre lo indica apoyaba al Presidente Frei— contaba más o menos con un 70% del electorado demócratacristiano. Sumadas la "rebelde" —que como su nombre también lo indica era su antítesis— y la "tercerista" —que hacía entre las otras dos de parachoque— constituían el 30% restante.

Los "rebeldes" se fueron de la Democracia Cristiana antes de la elección de septiembre de 1970, para formar el grupo llamado MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y sostener con él, junto a los comunistas y demás socios, la candidatura presidencial de Allende. Poco tiempo después que éste llegó al Gobierno el grueso del "tercerismo" se arrimó a su sombra —incorporándose a la Unidad Popular con el nombre de Izquierda Cristiana—. Así la Democracia Cristiana terminó por limpiarse automáticamente del virus comunizante que llevaba adentro; de seguro muy a su pesar, porque lo que más que entonces le interesaba era mantener su unidad partidaria, por muy ficticia que fuera.

ENTRE FREI Y TOMIC. DESLEALTADES INTERNAS. RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO Y LA INVASION DE CHECOESLOVAQUIA JACQUES CHONCHOL, ENTRE EL "MACARTISMO" Y EL SIMPLISMO. JAIME CASTILLO VELASCO, ENTRE SUS REACCIONES SENTIMENTALES Y LA AMARGA REALIDAD.

La única posibilidad de división que aún podría aparecer en sus filas, sería un enfrentamiento franco y definitivo en vez del solapado y contenido que ya existe entre aquellos que se sienten, unos, más identificados con el ex Presidente Frei y, otros, con el ex candidato presidencial Tomic.

Este último, en tal evento, tendría todas las de perder. En su partido se ha quedado prácticamente solo. Los "rebeldes", que en un tiempo llegaron a reconocerlo como líder, rompieron con él antes de romper con la Democracia Cristiana. Muchos de los "terceristas", después de la "misión cumplida" de imponer su candidatura presidencial —que facilitó la victo-

ría a Allende— están ahora en la Unidad Popular. Allí se enrolaron también tres de sus propios hijos y su yerno: el ex demócratacristiano, Pedro Felipe Ramírez. Pero si estas deserciones, aunque dramáticas para Tomic, podrían ser soportables —pues cosas así ocurren hoy en las “mejores familias”—, con la de Luis Badilla (que era presidente de la Juventud Demócrata Cristiana) deben de haberse caído las alas del corazón. El “bla-blamiro chico”, como bautizaron a Badilla, hizo famosos sus arranques de éxtasis por el “bla-blamiro” mayor, cuando decía que “no podría vivir sin Tomic” porque éste era su “alimento espiritual”.

A raíz de estas exaltadas manifestaciones de admiración, Jorge Rogers Sotomayor, que como ya hemos dicho es experto en Democracia Cristiana y sus personajes, se preguntó en una de sus colaboraciones de PEC: “¿Podría Tomic pasarse sin Badilla?”.

Es comprensible que esta prueba le sería muy penosa. Pero su melancolía ¿podría llevarlo, más tarde o más temprano, hasta el extremo de abandonar también a su partido —que le dio situaciones y honores incluso la candidatura presidencial— para ir a acompañar en la Unidad Popular a los cuervos que él crió?

Tomic protestaría, indignado, de que tal sospecha siquiera se insinuara.

También lo haría la propia Democracia Cristiana, aunque por las amargas experiencias sufridas no debería extrañarse ya de ninguna clase de deslealtades.

Estas son numerosas y variadas. Recordarlas es políticamente muy educativo.

En marzo de 1966, por ejemplo, cuando tuvo que expulsar de sus filas al entonces diputado Patricio Hurtado. Esta medida disciplinaria se adoptó, aparentemente, por la defensa que el personaje hacía de Fidel Castro, del cual se había convertido en una especie de altoparlante y de agente en Chile para toda clase de servicios. Pero en verdad la guillotina partidaria —que estaba en desuso desde los lejanos tiempos en que ajusticiara a Jorge Rogers Sotomayor, también entonces diputado— funcionó porque Hurtado había atacado personal y públicamente a su camarada Eduardo Frei, siendo éste Pre-

sidente de la República. De por medio no había, en verdad, problemas ideológicos.

El hombre, de todas maneras había hecho muchos méritos para que la Democracia Cristiana lo apartara de su lado. Pero hasta entonces no se había adoptado tal medida por la misma preocupación de siempre: evitar con ello la división partidaria.

Lo echaron, y no pasó nada. Hurtado tuvo que abandonar la que había sido su tienda política, en la más completa soledad.

Por las concomitancias que abiertamente mantenían con él, debería haberlo acompañado, renunciados o también expulsados, dos personajes —entre otros— que se quedaron dentro como factores de una futura división: el entonces diputado, luego senador Alberto Jerez y el ex diputado Julio Silva Solar. Ambos, pese a haber sido llevados al Congreso Nacional con el nombre, los votos fuera de los muy pocos que ellos podrían haber tenido por su cuenta) y la ayuda financiera de la Democracia Cristiana, formaron el MAPU, al que después —ya algo erráticos— también abandonaron para irse a la entonces recién formada Izquierda Cristiana. La verdad este vagabundeo no tenía mayor trascendencia, ya que el MAPU y la Izquierda Cristiana chalanearon con distintas marcas las mismas yerbas.

El comportamiento de Jeréz y Silva Solar no deja margen— desde hace algunos años para ninguna clase de sorpresas. Los únicos que sobre ellos estaban en el limbo eran sus ex camaradas demteratacristianos.

Cuando fue expulsado Hurtado, ambos le habían enviado una carta pública, fechada el 17 de marzo de 1966, en la que entre otras cosas le decían: “Deseamos agregar nuestro testimonio de afecto a la manifestación que hoy te ofrecen algunos amigos. Los desgraciados sucesos ocurridos dentro de nuestro partido y en el país nos obligan a expresarte nuestra honda preocupación por el cálculo creciente de dificultades que entorpece la posibilidad de producir los drásticos cambios sociales y políticos que el país espera”.

Cierto es que junto con despedirse del expelido Hurtado “con la fraternidad de siempre”, le instaban —como

decía la carta— a que mantuviera ‘en alto la bandera democratacristiana’. La misma que, con el tiempo, ellos bajaron y cambiaron por otras, exactamente dos meses después (mayo 1969) de que fueran elegidos al Congreso Nacional, envueltos en sus pliegues.

Y a todo esto, ¿qué había ocurrido con Patricio Hurtado? Este, después de ser expulsado de la Democracia Cristiana, se derrumbó en un insignificante deambular político. De vez en cuando le caía uno que otro pequeño trabajo, que por algunos días lo llenaba de risueñas esperanzas, pero que a la postre no le servía de nada. Como por ejemplo, cuando allá por agosto de 1967 el todavía diputado democratacristiano Julio Silva Solar le acercaba su henchido pecho—sin que su partido dijera ni pío— para que su ex camarada le colocara, con sus propias manos, una condecoración que le enviaba el Vietcong por intermedio de Fidel Castro.

Junto a Silva Solar hubo otro condecorado: Rodrigo Ambrosio, entonces presidente de la Juventud Demócrata Cristiana.

Este, que hasta su prematura muerte fue secretario general del MAPU, afirmó lo siguiente de manera rotunda en marzo de 1968, cuando estaba a la orden del día la posibilidad de que el sector “rebelde” abandonara la tienda junto con una parte de su juventud:

“Nosotros no nos vamos, no nos iremos porque tenemos una veta enorme que explotar aquí; no le daremos en el gusto. Seguiremos luchando aquí con entusiasmo, demostrando que no somos adolescentes, los guardias rojos, los coléricos, sino la nueva cara del partido. La pelea de la juventud no será de francotiradores, sino de un ejército de militantes. No será con los desbordes emocionales, con el lujito de la ruptura, con el lujito del cheque, que vamos a hacer conciencia”. (De este texto, que apareció en “La Nación”, del 15 de enero de 1968, el subrayado es nuestro).

Pocos meses después, Julio Silva Solar, que era el ideólogo de los “rebeldes”, interpelado por Silvia Pinto, en “El Mercurio” (18 de agosto de 1968), sobre si era verdad que ese sector quería “llevar al Partido Demócrata Cristiano a la división”, obtuvo la siguiente farisaica respuesta: “No hay

ningún propósito de ruptura". Y como Silva Solar sabía muy bien ocultar su juego —a diferencia del juvenil e impetuoso Ambrosio, quien dijo que no se iría de la Democracia Cristiana "porque tenemos una veta enorme que explotar aquí"— con mayor sutileza le agregó a la periodista: "Lo único que queremos es clarificar, definir y rectificar la orientación del Partido. Sería absurdo hablar de ruptura si creemos que la mayoría de las bases está en favor de esta posición rectificadora".

Pero, cuando después de las elecciones generales de marzo de 1969 —para renovar el Congreso Nacional— quedó demostrado de manera evidente que sólo una ínfima minoría de la Democracia Cristiana y de su clientela electoral estaba con los candidatos del sector "rebelde", los "intachables" que lo componían abjuraron no de sus sentimientos (que seguirían siendo los mismos), sino de las reiteradas declaraciones (con que ocultaban), para abandonar el que había sido su partido y formar así tienda aparte, al lado de los comunistas, en la Unidad Popular.

Un senador, Rafael Agustín Gumucio, a quien le servía el nombre de su padre y no otras condiciones para officiar de santón de la Democracia Cristiana —pues cuando ésta nació a la vida pública como Falange Nacional recibió el espaldarazo del viejo líder conservador, Rafael Luis Gumucio, quien veía en ella "a la única entidad política con fuerza eficaz para detener el avance del comunismo"— fue quien facilitó, como veremos más adelante, la deserción de Jérez, Silva Solar y Cía. Así "Rafita", no sólo no ayudó a detener el avance del comunismo", sino que aportó una importante contribución personal para su victoria.

Y ello, a pesar de las declaraciones públicas que hizo a raíz de la ocupación soviética de Checoslovaquia.

Gumucio, que al parecer cree que las palabras se las lleva el viento y que una vez pronunciadas de ellas no queda constancia alguna, manifestó entonces a la prensa (24 de agosto, 1968):

"Reitero lo que dije en la televisión. Casi me había llegado a convencer de que Rusia sentía verdaderamente una serie de principios humanos de vital importancia y significa-

ción para nosotros, demócratacristianos. Pero después de lo ocurrido el 20 de agosto, fecha sombría de la entrada de las tropas soviéticas en territorio checoslovaco, he entrado a dudar de todo lo anterior. Creo ver en la incalificable actitud de la Unión Soviética una reacción que poco y nada tiene que ver con el internacionalismo que tanto predica. La Agencia TASS no vaciló, hace poco, en justificar la invasión de un país libre como Checoslovaquia en nombre de la seguridad y el interés de Rusia. Así planteadas las cosas, todo lo que nos habían dicho antes no era sino el hermoso ropaje de mezquinos intereses”.

Quando al hacer estas declaraciones los periodistas le preguntaron a Gumucio si su posición sobre el caso checoslovaco —que era también, dijo, la de su partido, entonces la Democracia Cristiana— influiría en las relaciones con los comunistas, contestó:

“Estimo que va a pasar un período más o menos largo de clarificación de los hechos, en el cual veremos cuál será la posición definitiva que adopten los comunistas. Desde luego pienso que el repudio general a la invasión podría obligarlos a cambiar la actitud. Por lo menos, así lo espero”.

Los comunistas no cambiaron de actitud. Por el contrario. Su partido fue uno de los pocos, fuera de la órbita soviética, que se mantuvo ciegamente leal a Moscú en el caso de Checoslovaquia, como antes lo había sido en el de Hungría, en el cisma con Pekín, en su antisemitismo, en las condenas de Sinyavski y Daniel.

Si los comunistas no cambiaron, tampoco cambió Rafael Agustín Gumucio. Siguió siendo el mismo de siempre, adherido como lapa a los comunistas, pese a lo de Checoslovaquia y a sus entonces encendidas —ahora podemos calificarlas de insinceras— protestas antisoviéticas. Tiempo después, febrero de 1972, el senador comunista Volodia Teitelboim lo llevó tirado como por una cadena, para que estuviera a su lado, haciendo ambos —el perrito y su amo —de “delegación chilena” a una Asamblea Internacional, celebrada en Versalles, de solidaridad con Hanoi. Un tinglado en que, para despistar su cualidad de comunista, hacen figurar a “no comunistas” de la calidad de Rafael Agustín Gumucio.

Cuando éste, poco antes de las elecciones de septiembre de 1970 resolvió romper con su partido para arrastrar consigo a la Unidad Popular al grupo "rebelde" de la Democracia Cristiana —que, como estaba fraguado, esperaba esta señal para practicar también el "rupturismo" que de la boca para afuera antes había condenado— escribió una carta - renuncia a la que había sido su tienda política, diciendo afectadamente: "Este es el momento más doloroso de mi vida". Jaime Castillo, que entonces era presidente de la Democracia Cristiana, conmovido, le contestó que no lo abandonara. El Partido Comunista, a cualquiera de sus militantes no le habría aceptado renuncia alguna y, en cambio, lo habría condenado a la expulsión, con los adjetivos pertinentes. Cómo se arrepentiría después Jaime Castillo— más adelante lo veremos— de su reacción emocional.

Con Gumucio y su corte de "rebeldes" se fue Jacques Chonchol, el tremebundo Ministro de Agricultura del Gobierno de Allende.

De haber sido leal no ya con su partido, sino que con la fracción a la que estaba adherido, la "tercerista", nunca, o por lo menos entonces, debería haber dado dicho paso. Como un "rebelde" cualquiera, se fue con este grupo, en mayo de 1969, pese a que dos meses antes había participado en una reunión con sus camaradas "terceristas", de la cual salió una declaración que él suscribió y que entre otras cosas decía: "Ante la próxima Junta Nacional y para definir el nuevo esquema político, es necesario aglutinar sin sectarismos y en un solo frente a tercerista, rebeldes y militantes que se sienten interpretados por las posiciones planteadas, entre otros, por Renán Fuentealba y Radomiro Tomic. Deben quedar excluidos de este frente de izquierda democratacristiana, aquellos militantes rupturistas que no creen en la capacidad de rectificación del Partido Demócrata Cristiano y tienen decidido su retiro de él".

Pero tratándose de Jacques Chonchol, hay que andarse con cuidado al tocar sobre su persona el tema de la lealtad política.

El ha negado a pie juntillas que fuera un comunista en "comisión de servicio" dentro de la Democracia Cristiana.

“Yo he sido toda mi vida demócratacristiano” le contestó a un periodista que directamente le preguntó si tenían base las sospechas que existían no ya sólo sobre cuál era su ideología, sino su verdadera militancia.

A pesar de haber sido Chonchol blanco de mis ataques periodísticos, jamás lo señalé como a un comunista encubierto dentro de la Democracia Cristiana. No lo hice aunque bastante extraño era el hecho de que Fidel Castro —que no deja entrar a cualquiera a su país— lo hubiera aceptado como huésped de cierta importancia, cuando la FAO lo envió a Cuba como técnico agrario, a pedido especial del dictador.

Ahora pienso que, por no caer en el “macartismo” —sobre el cual insisto es para mí muy condenable— caí en el otro extremo: el simplismo.

Una vez más —antes había sido en el caso de Jaime Barrios— me falló el olfato de policía secreto que los comunistas, para agregar en contra mía otra vejación, me han atribuido ser. Chonchol era para tenerlo entre ojos, no por cosas tan complicadas para un policía como son las ideas, sino por algo más sencillo: la doblez de su conducta política.

Esta era evidente, no ya porque podría actuar de agente comunista en la Democracia Cristiana, sino, siempre dentro de ésta, de agente de los “rebeldes” en el “tercerismo”. Cuando se fueron los “rebeldes” del partido, él fue el primer “tercerista” y tal vez el único que partió con ellos.

¿Qué otra cosa se podía esperar de su persona si en toda su vida política había sido el alma gemela de Silva Solar, el ideólogo de los “rebeldes”? ¿Por qué otra razón, fuera del frío cálculo de conveniencia común, iban a estar en tiendas distintas dos componentes de una hermandad espiritual que había llegado hasta el extremo de publicar bajo su firma de ambos por lo menos dos libros: uno en 1951, intitulado “Hacia un mundo comunitario. Condiciones de una política socialcristiana”, y otro en 1965: “El desarrollo de la Nueva Sociedad en América Latina”? (Ignoro si hay otro más).

No es de extrañar que después de los puntos de vista sustentados en esos dos libros —que no es del caso analizarlos aquí— surgiera con el tiempo lo que se llamó el “Plan Chon-

chol". Tal plan llevaba el nombre de nuestro personaje no sólo porque contenía sus ideas —ya bastante conocidas— sino por haber sido presidente de la comisión demócratacristiana que lo estudió y le dio su forma definitiva. El verdadero nombre de tal trabajo era: "Proposiciones para una acción política en el período 1967 - 70 de una vía no capitalista de desarrollo". Lo menos que allí se formulaba era que los demócratacristianos "más que hacer un buen Gobierno, debían echar a andar una revolución". Es precisamente lo que ha hecho Chonchol como Ministro de Agricultura del Gobierno de Allende, y en tal medida, que ha dejado al país casi totalmente desabastecido de alimentos.

Con el término "vía no capitalista", que fue puesto en boga por el "Plan Chonchol", no se aportaba nada nuevo. En un artículo que apareció en la revista teórica del Partido Comunista "chileno" —"Principios"— su diputado, José Cademártori, dijo que "desde 1962 venimos planteando la posibilidad en Chile de la vía no capitalista, concebida como un medio de acceso al socialismo que cierra el paso al desarrollo capitalista del país".

¿Qué más se querían los comunistas que un sector demócratacristiano, animado por el "silvachoncholitarismo" —feliz término elaborado en PEC por Jorge Rogers Sotomayor—, se hicieran eco de sus puntos de vista y los divulgara entre sus camaradas de partido?

Y si a esta labor de penetración de ideas extrañas al socialcristianismo se agregaba un trabajo práctico de fraccionamiento partidario que subterráneamente realizaba Jacques Chonchol —aprovechando el inmenso poder que le daba su cargo de jefe máximo de INDAP (Instituto de Desarrollo Agropecuario)— miel sobre hojuelas.

Los resultados de esta tarea eran para los comunistas tan fructíferos, que ni por prudencia podían ocultar su complacencia.

A raíz de una manifestación - comida que demócratacristianos de todos los pelajes ideológicos y de las más importantes situaciones en la Administración Frei (quien envió su adhesión especial porque el festejado era "un funcionario del

Gobierno que cuenta con todo el respaldo del Presidente de la República”), “El Siglo”, órgano oficial del Partido Comunista, al día siguiente de tal acto (21 de diciembre, 1965), dijo:

“Jacques Chonchol se hace acreedor al sentimiento solidario del movimiento popular ante los ataques de que es víctima por parte de los terratenientes y sus sirvientes”.

Y agregaba el inevitable consejo con que desde el Partido Comunista, en una u otra forma, se trataba de influir en la Democracia Cristiana y en la conducción de su Gobierno:

“Con la misma firmeza con que repudiamos los ataques derechistas y solidarizamos con el jefe del INDAP, expresamos nuestra convicción de que lo principal en este momento es pasar a la ofensiva en un terreno mucho más práctico, en el cual el adversario no tiene capacidad de movimiento”.

Chonchol tomó muy en serio el consejo que le susurraban los comunistas, de “pasar a la ofensiva” en la Reforma Agraria, Tanto que se olvidó de lo dicho por él mismo en esa manifestación - comida realizada en su honor: “Debemos fortalecer al máximo la unidad entre aquellos que trabajamos en el Gobierno y aquellos que trabajan en el partido, puesto que somos uno mismo, colocados en tareas diferentes pero absolutamente complementarias”. Por querer trabajar, por cierto en su partido pero al servicio de otro, el Comunista, o por lo menos seguir los consejos de éste de “pasar a la ofensiva”, el mismo Frei a pesar del mensaje anteriormente citado —que contaba “con todo el respaldo del Presidente de la República”— en agosto de 1968 le pidió la renuncia, y con toda razón, porque había faltado a la “lealtad y disciplina funcionaria”. Pero el “tercerista” Renán Fuentealba, que una vez más había regresado a la presidencia de la Democracia Cristiana, se encargó de calmar a Frei, quien dejó en nada su intención de alejar al funcionario rebelde.

Tres meses después, en noviembre de 1968, cómo se arrepentiría Frei de su debilidad cuando el propio Chonchol le tiraba su renuncia por la cara. Para sus maquinaciones, era precisamente lo que le convenía: irse por su propia voluntad y no echando como le correspondía. Aparecía así cayendo con la bandera en alto, defendiendo sus ideas, traicionado por Frei y todo el “oficialismo”. Después dio el otro paso: abandonar

su partido para irse a la Unidad Popular, al lado de sus amigos comunistas.

Cuando Chonchol renunció al alto cargo que tenía en la Reforma Agraria de la Administración Frei, PEC dijo lo siguiente: "La Juventud Demócrata Cristiana, "El Siglo", Augusto Olivares de "Ultima Hora", etc., han culpado a PEC —entre otros— de la salida del señor Jacques Chonchol de su cargo de vicepresidente de INDAP. Es para nosotros un honor que se nos atribuya tal influencia".

A raíz de nuestra campaña contra Chonchol —que la habíamos iniciado desde que asumió sus funciones, pues conocíamos sus antecedentes— nos salió al paso, en su defensa, nada menos que Jaime Castillo, considerado por los comunistas como el anticomunista N° 1 de la Democracia Cristiana.

Reproduciremos parte de ella no por molestar a su autor, que se muestra hoy muy acongojado —como veremos más adelante— por su pasado candor, sino para mostrar cuán difícil era, antes de que triunfara Allende, la tarea de poner al descubierto la actividad de los "choncholes" que con diversos disfraces servían la causa del moscovismo.

Dijo Jaime Castillo ("La Nación", 24 de julio de 1967):

"La figura de Chonchol es presentada como la de un hombre poseído de una inteligencia diabólica, oculto tras las oficinas de su repartición, con un numeroso grupo de emboscados a sus servicio, dispuesto a traicionar todo aquello a que ha dedicado su vida intelectual y política, sin agradecimiento y lealtad para quienes le han encargado sus altas funciones. Ese hombre maniobra en la oscuridad. Su objetivo es tomar en su mano una serie de hilos: los sindicatos campesinos, por ejemplo. De paso prepara la colectivización de la tierra, siguiendo órdenes que vienen del Partido Comunista, y, naturalmente, sin importarle sus ideas expresas ni los medios de los cuales se valga". Y agregaba: "¿Es posible vivir de sospechas? Que los detractores presenten pruebas".

No fue necesario que llegara Salvador Allende al Gobierno —con Chonchol de ministerial verdugo de los agricultores chilenos— para que Castillo comenzara a recibir las pruebas acusadoras que doloridamente reclamaba sobre el personaje por quien había sacado la cara.

La blanca paloma de su defensa se le transformó en un águila.

Con gran sorpresa para Jaime Castillo, nuevamente presidente de su partido, le correspondió —oh, ironías de la vida—, como antes le había ocurrido con Rafael Agustín Gumuclo, tener que recibir la renuncia a la Democracia Cristiana del “tercerista” Jacques Chonchol.

Por esos tiempos, mayo de 1969, el Tribunal Nacional de Disciplina de la Democracia Cristiana expulsó de sus filas a 82 militantes que seguían las aguas de Chonchol y sus amigos “rebeldes”. Aunque no es del caso mencionar sus nombres, por más que algunos de ellos, a pesar de su insignificancia llegaron a desempeñar funciones destacadas en el Gobierno de Allende, no es posible escapar a la tentación de señalar dos de ellos.

Uno es el periodista (y si no me equivoco también poeta) Santiago del Campo Edwards, prematuramente amargado porque de su padre —que también se llamaba Santiago— no había heredado ni una pizca de su gracia y talento (que eran los únicos bienes que poseía) y de los Edwards, que es su segundo apellido, ni un centavo de la fortuna que le atribuyen poseer a los que lo llevan. En resumen, un pobre diablo, intelectual y económicamente. Como redactor de la prensa democristiana —de la cual llegó a ser director de su vocero oficial “Flecha Roja”, antes de que su partido lo pusiera en la calle, no perdía oportunidad de hacer eco de los comunistas, calificándome de “traidor”, él, que al día inmediato de su expulsión, empezó a atacar al que había sido su partido, mientras que a mí me tomó más de diez años de un doloroso proceso espiritual para desalinearme del que fuera el mío y volverme en su contra.

El otro de los 82 expulsados de la Democracia Cristiana fue Miguel Ángel Solar, el famoso “Pájaro Solar” que dirigió el asalto a la Universidad Católica, con el pretexto de provocar su reforma, pero con la finalidad de entregar su dominio a la Democracia Cristiana —que entonces era su partido— para terminar después con el afán de ponerla a disposición de la Unidad Popular y, por lo tanto, del Partido Comunista. Por prever acertadamente el diario más importante de Chile lo que ocurriría en ese plantel universitario con el movimiento “reformista” que encabezaba el “pájaro Solar”, éste, cuando

sus huestes lo tenían ocupado, hizo poner espectacularmente en sus balcones un largo lienzo en que se leía: "El Mercurio miente".

Del que en un tiempo fue el insultador periodístico de la Democracia Cristiana; del caudillito que asaltó la Universidad Católica y de los otros "pájaros" de cuenta, como él, que se cobijaron en el MAPU —después que su partido de origen a unos les aceptó la renuncia y a otros los expulsó, dando en ambos casos explicaciones que bien parecían una petición de perdón por adoptar tales medidas—, el diario democristiano "La Prensa", del 12 de noviembre de 1970, hizo el siguiente retrato, tardío, pero no por eso injustificado:

"Son maestros del disimulo y la traición. Con una mano palmotean la espalda y con la otra afilan el puñal. Especialistas del contrabando ideológico, son capaces de hacer pasar un camello por el ojo de una aguja. Reyes de la mitomanía política, les produce asco y horror la realidad, y viven en un esfuerzo perpetuo por huir de ella. Burgueses recién conversos al marxismo, son capaces de cualquier cosa para adquirir carta de ciudadanía "obrera".

"Su paso por la Democracia Cristiana quedó sembrado de lecciones ejemplarizadoras que sus nuevos socios de la Unidad Popular debieran conocer".

Poca autoridad tenía la Democracia Cristiana para aconsejar a la Unidad Popular —algo ingenuamente, por lo demás— que se mantuviera vigilante ante sus nuevos amigos, porque ella misma fue bastante descuidada cuando los tuvo en sus filas, como lo seguía siendo con otros que se quedaron allí, al acecho de la hora oportuna de su desertión.

Tan "maestros del disimulo y la traición" —como aquellos del MAPU que se marcharon al lado de la Unidad Popular antes de su victoria— fueron estos últimos que, en su delito, tenían la agravante de abandonar su partido, formando la llamada Izquierda Cristiana, cuando Allende estaba ya en el pleno disfrute de gobernar y distribuir canonjías —que es lo único que su socialismo ha distribuido— entre los que gobernaban con él.

A la sombra del nuevo poder, formaron para su usufructo una nueva agrupación política: la Izquierda Cristiana. A ésta se traspasaron desde el MAPU, Jeréz y Silva Solar.

Y también entre ellos Jacques Chonchol, el mismísimo cuya lealtad política había defendido apasionadamente Jaime Castillo.

Le correspondió a éste hacer desde el diario demócrata-cristiana "La Prensa" (edición del 17 de noviembre, 1971) un análisis del problema que afrontan los partidos democráticos ante esa clase de gente que más tarde o más temprano dispara contra las que fueron sus filas políticas, después de haber sido en ellas conductos de la penetración marxista.

Reproduciremos algunas de sus palabras, no por el tácito mea culpa que encierran —lo que sería una forma de refregarle su pasado error— sino por la lección que ellas significan.

"Es inconcebible pensar que alguien solicita su entrada a un partido para engañarse a sí mismo o para engañar a otros".

"Es comprensible que, en un partido de buena fe, sea muy difícil detectar las intenciones particulares. Del fenómeno frecuente en nuestro tiempo, del individuo que ingresa en un partido para espiar dentro de él o conducirlo a fines que sirven los intereses de otra colectividad política, resultan a veces problemas inextricables para quienes jamás pensaron que tal cosa pudiera suceder. Lo mismo ocurre con el hecho de militantes destacados que pierden la fe en la doctrina, en los móviles políticos o en la ética de la acción partidaria. Ellos, en verdad, debieran renunciar tan pronto vislumbraron con claridad su discrepancia. No estamos acostumbrados al espectáculo de militantes que ya nada creen y que, sin embargo, permanecen dentro de su colectividad a fin de provocar el mayor desconcierto posible. Todo esto tiene una vigencia especial en estos mismos días, respecto del partido político en el cual milita el autor de éstas líneas".

"Se hacía evidente que su acción —"la de ex compañeros nuestros", dijo posteriormente Castillo en su artículo— estaba orientada por una fuente inspiradora ajena al Partido"

"...se iba haciendo ostensible el propósito de ganar al Partido desde dentro para fines que no estaban de acuerdo ni con su doctrina ni con su metodología ni con su interés

político concreto. El resto de los militantes, imbuidos de la buena fe tradicional, no concebían que se supusiera en los disidentes voluntad de ruptura, de maquiavelismo o de traición ideológica”.

“Tales ex militantes de la Democracia Cristiana revelan ahora, con cierta ligereza moral, que si alguna filosofía los nutrió entonces y los mantiene ahora, es otra. Su definición supone la verdad esencial del marxismo...”.

“El hecho es tan interesante por la lección que encierra. Nos lleva a una forma tenebrosa de militancia política. Nos sume en un mundo que no se conocía de manera consciente: el de la simulación como forma de vida. Es bueno haberlo sabido de un modo público en este momento. Y esperemos que aproveche a cada cual”.

Tarde se felicitaba Jaime Castillo —noviembre de 1971, como hemos visto— de que se hubiera “sabido de un modo público” la “forma tenebrosa de militancia política” usada por sus ex camaradas “rebeldes” y algunos “terceristas”, que se fueron, unos primeros y otros después, a la Unidad Popular, al lado del Partido Comunista.

Tarde, demasiado tarde, no sólo porque este descubrimiento ya lo había hecho mucho antes más de algún observador político —entre ellos, yo, motivo por el cual recibí toda clase de insultos de algunos periodistas democristianos—, sino porque si la Democracia Cristiana, con lo descubierto podría evitarles a sus filas futuras traidoras deserciones, no evitó, en el desarrollo de los hechos, su propia traición: aquella de que hizo víctima a la democracia chilena por los manejos y presiones que dentro de sus filas hicieron los traidores.

La traición comenzó —para fijar un momento preciso de un largo proceso que venía desarrollándose desde mucho antes— cuando Radomiro Tomic fue elegido candidato a la Presidencia de la República. Y adquirió mayores proporciones al anunciar éste, en su “mundo de fantasía”, que la lucha entablada entre él y Allende, pues Alessandri (según sus propias fantasiosas palabras) no tenía posibilidad alguna de triunfar (Alessandri entre más de tres millones de votantes, obtuvo a su favor unos 40 mil menos que Allende, mientras el jactancioso Tomic quedó muy atrás, por unos 200 mil).

La única vez que el candidato demócratacristiano estuvo acertado sobre esta materia fue cuando en esa época que les hacía la corte a los comunistas para ser candidato de la Unidad Popular declaró que, en el caso de ser apoyado sólo por su partido (como al fin ocurrió), sería, según sus propias textuales palabras, “un Catapilco multiplicado por 20”. Fue un destino con cálculo profético. Como ya hemos visto, fueron 40 mil más o menos los votos que obtuvo en 1958 el “cura de Catapilco”. Y en los 800 mil que reunió Tomic en la elección de 1970, estaba la proporcionalidad “catapilquera” —por 20— que él había vaticinado; en ella estaban también, multiplicados muchas veces, los votos que le hicieron falta a Alessandri para derrotar a Allende.

El “alessandrismo”, por esto, no habría podido calificar de traidor a Radomiro Tomic, pues nunca lo consideró, ni de lejos como a alguien que pudiera ser uno de los suyos. Pero sí, millares de demócratacristianos, especialmente mujeres —de esas bravas mujeres que en el Gobierno de Allende han hecho mundialmente famosa la manifestación de “las ollas vacías”—, al fondo de su corazón sentían que Tomic, por haberle hecho el juego a la Unidad Popular, había sido el gran traidor a la causa de la democracia chilena. Así lo sentían, pese a que nuestro conocido Luis Badilla, en una manifestación efectuada un mes después de la victoria de Allende, y en la que la Juventud Demócrata Cristiana le otorgaba a don Radomiro la condecoración “Ignacio Alvarado”, pronunció las siguientes palabras: “Grande entre los grandes, luchador entre luchadores, Radomiro Tomic —camarada y amigo—, la juventud de tu partido ha querido unirse a tus ideas y ha querido homenajear tu conciencia y tu maravillosa hazaña”.

¡“Su maravillosa hazaña”!

Cómo Badilla no la iba a considerar así, si él, por su parte, la misma noche que se anunciaba la pequeña ventaja de Allende sobre Alessandri, sacaba a la calle a algunos muchachones demócratacristianos a celebrar conjunta y muy prematuramente con los “allendistas” un triunfo que aún estaba lejos de ser definitivo; y si por otro, su ídolo —el de la “maravillosa hazaña”— al día siguiente (el 5 de septiembre), sin ninguna autorización de su partido, se apresuraba a concurrir

a la casa del candidato de la Unidad Popular para abrazarlo y reconocer su victoria.

Pero Tomic será genio y figura hasta la sepultura.

Meses después de que la Unidad Popular estaba en el Gobierno y sus relaciones con la Democracia Cristiana no eran ya muy idílicas, Tomic tácitamente se autocondenaba— aunque esa no fuera de seguro su intención— al aceptar (también tácitamente), con la siguiente letanía, cuán apresurado había estado al darle el 5 de septiembre a Allende, por sí y ante sí, el espaldarazo del triunfo definitivo: "...es frecuente ver en la prensa del Gobierno, la idea falsa de que Allende fue elegido Presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970. No es verdad. No fue elegido Presidente el 4 de septiembre de 1970. Para haber sido elegido necesitaba haber sacado más de la mitad de los votos. Obtuvo poco más de un tercio de los votos. No fue elegido Presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970. Obtuvo la primera mayoría relativa; obtuvo la mejor opción desde un punto de vista moral. Obtuvo la mejor opción, no obtuvo la Presidencia de Chile. La Constitución chilena es categórica, como todos ustedes lo saben. Si nadie tenía la mayoría absoluta sólo el Congreso Pleno y nadie más que el Congreso Pleno tenía la facultad para elegir al Presidente de Chile entre las dos primeras mayorías relativas". (Palabras pronunciadas en un acto organizado por la Juventud Demócrata Cristiana y que fueron reproducidas textualmente por "El Mercurio" en su edición del 20 de abril de 1971).

Jorge Alessandri, que era el otro candidato que había obtenido una de las dos primeras mayorías relativas —y al que por lo tanto el Congreso Pleno podía elegir Presidente de Chile—, se apresuró a hacer una breve declaración que apareció en la prensa chilena el 10 de septiembre de 1970.

Decía, en la parte pertinente sobre cuál sería en ese caso su actitud:

"...yo plantée mi candidatura como un plebiscito tendiente a lograr una profunda rectificación de nuestro inadecuado sistema político imperante, que ha impedido solucionar los graves problemas que aquejan a la Nación.

"Durante la campaña y en mi último discurso por radio reiteraré que necesitaba para ello de una amplia y clara mayoría, la que no se obtuvo. En estas condiciones me sentiría

impedido para ejercer el Poder, cualesquiera que sean los resultados de los trámites constitucionales que habrán de cumplirse.

“En el caso de ser elegido por el Congreso Pleno, renunciaría al cargo, lo que daría lugar a una nueva elección. Anticipo, desde luego, en forma categórica que en ella yo no participaría por motivo alguno”.

Mientras Alessandri adoptaba esta actitud —que era una más en las muchas que había hecho de su vida pública un ejemplo de desinterés personal y de profunda preocupación por la suerte de la patria —Allende amenazaba apocalípticamente con lo que ocurriría si no le entregaban esa Presidencia de la República por la cual había presentado cuatro veces su candidatura durante 20 años de su no muy edificante existencia.

“Que sepan que el país —decía— se va a parar; que no habrán empresas, industrias, talleres, escuelas, hospitales o campos que trabajen, como primera demostración de nuestras fuerzas; que sepan que los obreros ocuparán las fábricas, que sepan que los campesinos ocuparán las tierras, que sepan que los empleados estarán en las oficinas públicas esperando la voz y el mandato de la Unidad Popular”.

De chantajes como éste era cosa de estar curado de espanto, después del Pacto de Munich, que le permitió a Hitler desmembrar a Checoslovaquia; o después de estallar el megatón soviético, aquel que Neruda cantara en un poema y que llevó a Bertrand Russell —honesta pero equivocadamente— a plantear que el mundo debía elegir en esos momentos entre el comunismo o la destrucción atómica; o después de los cohetes colocados en Cuba por Khrushchev y que éste se vio humilladamente obligado a retirar cuando pusilánimes o interesadas voces agoreras, ante la firmeza norteamericana, anunciaban el peligro de una nueva guerra mundial.

Ante la extorsión de Allende hubo, para ayudarle, otra voz agorera. ¿La de un pusilánime? ¿O la de un interesado cómplice? ¿Qué podríamos decir en su beneficio para disculparlo? Nada, sino simplemente que fue la de Radomiro Tomić. Y basta.

Este anunció que si al extorsionador no se le entregaba la Presidencia de Chile en bandeja, podría estallar la guerra

civil. Esta se la “ahorramos al país”, dijo Tomic —en el mismo discurso anteriormente citado— como argumento con el cual justificar que él y sus “badillas” obligaron al Partido Demócrata Cristiano a darle a la democracia chilena aquel beso de Judas que significó enfilarse a sus parlamentarios con Allende en el Congreso Pleno.

¿Estuvieron de por medio las treinta monedas? Responsablemente no se podría hacer tal acusación. En cambio es cosa de pensar que si hubo algún precio fue la parte entregadora la que paradójicamente lo pagó. Y el tiempo se encargó de demostrarle que no valía la pena el sacrificio, pues con él sólo procuró mantener a toda costa una ficticia unidad partidaria basada en la lealtad de los Maira, Badilla y Cía. Estos, después de obtener su objetivo —que se votara en el Congreso Pleno por Allende— terminaron de todas maneras por desertar. Chantajearon exitosamente a su partido —con la amenaza de abandonarlo si no se les aceptaba la exigencia— así como Allende chantajearon al país con la guerra civil.

Para evitarla y mantener el sistema democrático, la Democracia Cristiana hizo con él un convenio, respaldado por el Partido Comunista, que ocupará en la historia de Chile —guardando las proporciones— un lugar más o menos parecido al que tiene en el mundo el de Hitler y Chamberlain.

Lo de la guerra civil no pasaba de ser un “bluf”, fuera de un buen deseo de la Unidad Popular. Un tercio del país, que era lo que ésta tenía entonces a su lado —después disminuyeron mucho sus partidarios—, habría sido dominado por los otros dos tercios, más aún cuando las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros no habrían permitido alteración alguna del orden público y de la continuidad constitucional de la República. Los desmanes que hubieran podido provocar las huestes “allendistas” —entonces no tan pertrechadas como después— no habrían sido mayores que los que ya han consumado bajo la cómplice protección de su Gobierno.

En cambio, si los parlamentarios demócratacristianos hubieran votado en el Congreso Pleno por Alessandri —que como lo dijo el propio Tomic, era perfectamente constitucional— se habrían evitado planes y aventuras “putschistas”, que culminaron con el absurdo asesinato del General Schneider, pues si bien no buscado ni deseado por los complotadores, no

por eso menos dramático; se habría llamado nuevamente a elecciones —al renunciar Alessandri a su cargo— dándosele al pueblo una oportunidad de resolver (ya sin “catapilquerismo” alguno) a favor de un candidato marxista o democrático.

Este, y otra vez triunfador como en 1964, habría sido Eduardo Frei.

Un nuevo Gobierno demócratacristiano no habría hecho de Chile un paraíso. Pero tampoco habríamos caído en el infierno marxista.

La Democracia Cristiana rechazó esta perspectiva, insistentemente, porque fue traicionada internamente, traicionándose a su vez como partido y por añadidura —lo que es más grave— traicionando al país.

Sin mayor reflexión la palabra traición podrá aparecer apasionada y hasta burda. Y sin embargo es la única precisa para expresar la cruda realidad. Cualquiera otra sería un eufemismo. Si en algo insistió la Democracia Cristiana fue en ser una alternativa del marxismo, de traerle a Chile, a la América Latina, al mundo entero, la revolución en libertad... Y si hemos vivido hasta ahora en el filo de la navaja, sin caer en el pozo que se nos destinaba; si hemos podido hacerle frente al enemigo, es porque la mayoría de los chilenos aprendieron la lección de que (parodiando a Radomiro Tomic en su afirmación respecto a que “si se hacen pactos con la Derecha, son los derechistas los beneficiados”) si se hacen pactos con el Partido Comunista son los comunistas los que ganan.

Recordemos que cuando Jaime Castillo hacía sus amargas reflexiones sobre “una forma tenebrosa de militancia política”, refiriéndose a los agentes del marxismo dentro de la Democracia Cristiana, decía: “El hecho es interesante por la lección que encierra... Es bueno haberlo sabido de un modo público... Y esperamos que aproveche a cada cual”.

La Democracia Cristiana, por su parte, ¿habrá aprovechado la lección?

Quiera nuestra estrella solitaria que ésta no sea una incógnita permanente en la política chilena. Ya nuestro pobre país ha sufrido demasiado.

CONCLUSIONES DESPUES DE LOS RECUERDOS

La frase, recordada en estas páginas, "Hay algo peor que el comunismo: el anticomunismo", ha tenido, aunque con distintas palabras y con otros conceptos, una reedición de sus originarios propósitos. La que ha lanzado el señor Frei en su opúsculo de diciembre de 1975 —como si nada hubiera cambiado en Chile desde 1947— ofrece la siguiente formulación: "Para los sectores de la extrema Derecha, sería ideal dividir la opinión pública entre comunistas y anticomunistas, entre marxistas y nacionalistas, sin ninguna otra alternativa".

Entre soviétismo y antisoviétismo, para no generalizar y precisar bien los términos, no hay ahora ni en Chile ni en el resto del mundo otra alternativa, y bien sabe el señor Frei que es así.

Aunque pudiera ser cierto que en el día de mañana el Mundo Occidental fuera invadido por el llamado "peligro amarillo" desde las mismísimas fronteras orientales de Rusia, no es cosa de preocuparse hoy de los posibles propósitos expansionistas que trajera consigo la China de Mao o sus herederos.

Pero después que Portugal pudo caer en manos de los incondicionales de Moscú, que la liberación de Angola se ha transformado en su subyugación por obra del imperalismo soviético, que el Partido Comunista italiano tiene ya ganados los principales municipios del país y de ahí al poder central está a pocos pasos, que Mr. Kissinger advierte a la socialdemocracia europea que si no comprende sus responsabilidades actuales en un decenio más el viejo Continente verá triunfante el soviétismo, no es cosa de pensar que el socialcristianismo, acá, allá o en cualquiera parte pueda ser una alternativa tranquilizadora sobre el futuro del Mundo Occidental.

Si en el decenio del 40 no hubo alternativa entre el fascismo y el antifascismo, y para detener el avance del primero las potencias democráticas llegaron a unirse con la Rusia comunista, no es fácil comprender por qué frente al amenazante avance soviético, el señor Frei le haga reparos a la unión de todos aquellos que lo quieren detener, sin distinción de ideologías, creencias religiosas y tiendas partidarias.

¿Es que para el señor Frei el fascismo fue ayer un peligro y el soviétismo no lo es hoy? ¿O es que no quiere o no

le conviene aceptar que el fascismo y el soviétismo son igualmente totalitarios? ¿O es que vuelve a estar interesado en cometer el mismo error —como se ha recordado en estas páginas— cuando le escribía al señor Corvalán Lepe, para decirle que “no es cierto que la Democracia Cristiana interprete su pasado y su presente en función del antagonismo entre Democracia Cristiana y Comunismo”?

En nuestro libro, “Chile una advertencia americana”, recordamos que San Agustín había dicho que errar era humano, pero perseverar en el error era diabólico.

Para el señor Frei parecería que fuera una enfermedad.

Y tanto más grave e incurable cuando se empeña en no querer aceptar sus culpas.

Alguien decía que hay un tratamiento para esta clase de mal: reconocer su existencia.

No será el señor Frei quien así lo haga.

Si en algo él y sus conmlitones no tuvieron nunca rivales, fue en echar la culpa a otros —cuando no a circunstancias antojadizamente interpretadas— de ser responsables de sus errores, sus dificultades, sus frustraciones.

Ahora el señor Frei piensa que con los argumentos de su reciente opúsculo —si se quiere brillantes e imaginativos, pero impotentes para borrar su debilidad— puede limpiar el gran pecado de él y de su partido: haber pavimentado a los comunistas el camino del poder.

Estamos seguros que la lectura de esta separata hace innecesaria una polémica más, pues en sus páginas el poderoso peso de los hechos resulta aplastante. Allí están, con pelos y señales, con nombres y apellidos, con fechas y declaraciones textuales.

Si antes de publicar su opúsculo el señor Frei hubiera bajado de su pedestal para repasar a su vez nuestros recuerdos, es muy posible que evitara un tema al que jamás debió volver.

Es inútil que piense en liberarse de sus culpas arrancando páginas de la historia, o escribiendo ésta de nuevo.

Primero, no es cierto que nadie, con el más mínimo sentido de responsabilidad haya dicho que por propiciar “cambios y reformas”, la Democracia Cristiana pavimentó el camino

al comunismo, como ha inventado el señor Frei en busca de contrincantes fáciles de vencer.

Además, nadie lo creería.

Hacia ya muchos años que nuestro país se venía caracterizando por una de sus grandes virtudes: que la mayoría de los chilenos, de arriba y de abajo, de uno y otro lado, querían y permanentemente propiciaban "cambios y reformas".

Por haberse sabido canalizar inteligentemente este anhelo, nuestra Nación pudo exhibir la estabilidad ejemplar de su democracia. Para los "cambios y reformas" no hubo nunca diques que los contuvieran, y aunque se levantaran, no se necesitó que fueran catastróficamente derribados.

Si existieron entre nosotros divergencias fue sobre el contenido y aspectos de esas transformaciones, y sobre el ritmo al que se debían realizar.

Cuando la Democracia Cristiana llegó al poder con una inmensa mayoría constituida no por sus propias fuerzas —como lo pretende hacer creer el señor Frei— sino por todos los que querían atajar al comunismo, tuvo su hora para hacer realidad sus propios "cambios y reformas", a su paso y a su gusto.

Dispuso para ello de todos los recursos legales, y desde el poder ejerció toda clase de presiones, algunas de triste memoria.

Por los resultados —la venida de Allende— lo que prometió, o no lo hizo o lo que hizo no le ayudó a sostenerse en el poder.

Sin pretender sacarlo del pantano en que él mismo se ha metido por su manera de sofisticar, nos atrevemos a sostener algo que al señor Frei no le sería fácil rebatir: que no hay "cambios y reformas", por avanzados que parezcan o por acertados que resulten, que sean capaces de detener la permanente y perseverante conspiración soviética.

Y si no se transforma nada, la conspiración será beneficiada. Si se hacen transformaciones, también.

Los soviéticos triunfan por otros factores que se presentan con distintas apariencias, en diversos países y en diversas épocas.

Las condiciones que encontraron en Chile bajo el Gobierno del señor Frei fueron suficientes para que pudieran coronar exitosamente los cincuenta años de lucha liberadas en su camino hacia el poder. A su meta llegaron en los seis años de los treinta en que según un arrogante anuncio de la Democracia Cristiana, ésta se proponía gobernar.

El señor Frei, en el afán de justificar sus culpas y no reconocerlas honesta y valientemente, asegura, a su manera, que no tuvo salida democrática alguna para evitar que Allende asumiera la Presidencia de la República.

El error del lado "alessandrista" —que señala el señor Frei— de rechazar una reforma constitucional que permitiera un plebiscito si ningún candidato obtenía la mayoría absoluta de insistir, por otra parte, en que la victoria había que reconocérsela al que obtuviera la primera mayoría, aunque fuera de un voto más, se cometió, primero, por cálculos equivocados, y segundo, por los antecedentes ciertos que se tenían sobre la existencia del pacto Tomic - Allende, para darle al señor Alessandri un "cuadrillazo". Es decir, para que en el caso de que éste triunfara por simple mayoría, designar en el Congreso Nacional a aquél de los otros que obtuviera la segunda.

El haberse olvidado hoy el propio señor Frei de tal pacto, es tan significativo para juzgarlo como lo fue su cómplice silencio en las horas que en 1970 se jugaba el destino de Chile.

Que no busque entonces ahora inútilmente el regreso a un poder que lo pudo tener nuevamente en sus manos —si hubiera poseído el coraje que ha sido siempre ahogado por sus vacilaciones— cuando se propuso elegir en el Congreso al señor Jorge Alessandri. Todos recordarán que éste había declarado que si tal cosa sucediera renunciaría de inmediato al mandato que se le otorgaría. De este modo habrían quedado las puertas abiertas para convocar a nuevos comicios. Automáticamente, la reelección en ese caso del señor Frei habría sido

100% constitucional. Hasta el propio señor Tomic así lo reconoció, como consta en las páginas de esta separata.

Estos recursos, ya lo dijimos, por la unidad de todos los chilenos no hubiéramos querido echarlos a andar. Si ahora los desenterramos es porque hay gente empeñada en sumar sus ambiciones interiores a los esfuerzos exteriores, que se llevan a cabo para cercar a nuestro país.

Que la responsabilidad de lo sucedido caiga sobre quien no ha tenido la altura suficiente para reconocer sus propios errores —y lo que es más peligroso, para volverlos a repetir— y ha preferido, en cambio, trasgredir la verdad.

Parecería que fuera cierto el aforismo wildeano: “que cualquiera puede hacer historia; pero sólo un gran hombre puede escribirla”.

SANTIAGO, 23 de enero de 1976.

